

Forjados en la tormenta

Valeria Amaiz

Trilogía miscelya



FORJADOS
EN LA
TORMENTA

V A N G E R Z

Capítulo 1

La canción de Ocaríos

El cráneo aún conservaba piel cuando la guarnición lo encontró colgando de un árbol.

—Eso no estaba aquí cuando veníamos —advirtió un hombre, a lomos de un corcel igual de grande y fornido como su jinete.

No era la primera vez, o la última, que se encontraban con obstáculos así durante el viaje, pero éste en particular les llamó la atención, pues estaba forrado con el traje de los hombres cuyas hazañas son fácilmente olvidadas por los de su estirpe.

Se diría que llevaba más de un crepúsculo atrapado entre estaciones.

—Ha de haberse extraviado durante alguna avanzadilla —especuló el hombre, dándole un rápido vistazo.

El cadáver, en avanzado estado de descomposición, parecía formar parte de la naturaleza desde hacía mucho. Su pecho se había rendido al árbol que lo acogía tan fielmente. Y las ramas, no menos diligentes, lo habían abrigado de tal forma que daba la impresión de estar descansando sobre un lecho de hojas verdes, y no sobre una tumba arbórea.

Semejante hospitalidad no pasó desapercibida por los viajeros, que hallaron en aquella imagen una visión perturbadora, casi profética, pesando sobre sus hombros.

El bosque lo había reclamado.

—Se los dije, el Aurantiaco está hechizado —dijo una voz, gruesa y viril—. Los espíritus no ven con buenos ojos nuestra llegada. Los espíritus son seres vengativos y están en todas partes. Mira nada más lo que hicieron con él.

De los ojos del cadáver crecían flores diáfanas. La muerte le había borrado de un arrebato la sonrisa y la carne tersa de la mandíbula. No tenía labios, o algún rescoldo de lo que pudo haber sido en su momento una buena cara de temporada, en lugar de eso, conservaba unos dientes amarillos

torcidos, y una amígdala ennegrecida, de la cual manaba un líquido putrefacto que corría por la concavidad de la boca.

La lluvia y el sol habían hecho mella en la armadura. Las ramas lo atravesaban sin piedad por todas partes, como filosas estacas de madera, y aún así, oscilaba con cada resoplido del viento.

La muerte había obrado de forma poética esta vez.

El capitán soltó un pequeño bufido.

—Al menos que los espíritus de los que hablas sepan atar cuerdas a los árboles creo que no tenemos nada de que preocuparnos, ser Elio. ¡Últimamente estás muy supersticioso!

Una gruesa y resistente cuerda de cáñamo, un poco ajada por la humedad del bosque y deshilachada por los bordes, asomaba de entre las ramas del viejo árbol, descubriendo un nudo corredizo que se ajustaba perfectamente al cuello del soldado.

—¡Ay, mirad, qué buen nudo corredizo ha hecho ése travieso fantasma! ¡Ni yo lo habría hecho mejor!

El pobre soldado se movió vivazmente en su montura, rojo hasta las orejas.

—No bromees con eso... Nunca, pero nunca, os burléis de la crueldad del Aurantiaco. Hay verdadera magia aquí. Magia antigua. Malditas desde las piedras hasta el fragante aleteo de las aves, no lo olvidéis...

Dispuesto a explayarse más de lo necesario, el soldado se aclaró aún más la garganta, pero fue interceptado de inmediato por el Cuervo, que oía todo desde el borde de un río.

—Hechizadas están las Extremaduras de Gizhar, no el Aurantiaco, mi lord —tajó la princesa, esbozando una astuta sonrisa—. No preste oído a las habladurías, aquí la muerte es caprichosa, más no carnicera.

Pero había tal silencio en el bosque, tal pesadumbre, que Diana alcanzó a oír las respiraciones agitadas de sus hombres, la de ser Navin más que todo. «Es el quinto en diez días», cinco muertos, cinco dioses, cualquiera lo tomaría como un mal presagio, o como una revelación.

«No falta mucho para salir de aquí», se dirigió a su comandante y le instó a continuar la marcha.

—¿Cómo creen que haya muerto? —preguntó ser Navin más tarde, con el rostro congestionado por el frío. En el fondo no era tan osado como

aparentaba, y temía que los demás se dieran cuenta de ello más temprano que tarde.

Diana tuvo intenciones de decir algo, pero ser Salomón se le adelantó y respondió por ella.

—Sucede con frecuencia que los jóvenes de los pueblos buscan probarse así mismos, y he aquí el resultado —respondió.

Hubo algo en aquella respuesta que no le convenció del todo.

Diana le miró atentamente.

—Pero ése era un soldado —replicó.

—Peor aún, mi lady, los hombres que buscan probar de la grandeza con demasiada prisa usualmente tienen los destinos más trágicos —dijo Salomón con mirada inteligente. Era una cabeza más alto que toda la guarnición, de modo que resultaba sencillo mirarle a los ojos cuando hablaba—, toda una vida desperdiciada, pues hace mucho que no nacen héroes por estas tierras.

—¿Sugerís entonces que fue traicionado por su misma ambición?

—inquirió, alzando una ceja.

—Sugiero que olvidemos este infortunio cuánto antes y continuemos la avanzadilla.

—No, al contrario, ser —invitó—, especulemos más, me he quedado verdaderamente intrigada.

—¿Es el escenario lo que le intriga?

Ella asintió.

—Me lo temía —suspiró Salomón, como si sus más terribles pesadillas se hubieran hecho realidad—, aún no estás lista para todo esto. Le dije al maestro que...

—Estoy lista para la muerte, ser —tajó ella, con mirada sombría—, como cualquiera de ustedes aunque tiemblen como niñas debajo de todos esos harapos. La vida del soldado es fría y solitaria —caviló—. Cualquier tropiezo parece conducir al deshonor. Y adrede son las pruebas que los dioses nos tienden para desviarnos del deber. Pero ése no es el resultado de un cruel ajustamiento o el precio de un descuido imperdonable. Sufrió. De verdad lo hizo.

—Murió ahorcado —resolvió ser Elio, hostil, como queriendo concluir aquel amargo capítulo lo antes posible. Tenía más de la mitad de su vida viendo morir a hermanos y enemigos, tantos, que había terminado confundiendo rostros y nombres, y todos aparecían en sus noches con semblantes inventados. El tema no le parecía tan novedoso como en su juventud.

—Y ahorcado murió —convino ser Navin—, y todo bajo su propio escarnio, pues no encontramos pruebas de que alguien haya asistido a semejante ceremonia —pausa—. Es bien sabido que el hombre siempre ostenta una muerte a la altura de lo vivido, pero me pregunto que habrá visto el pobrezuelo que la muerte le habrá sabido mucho más apetecible que la vida.

—¿Todavía lo preguntas? —ironizó ser Elio, malhumorado—, esto es el Aurantiaco. Aquel que pierda el camino nunca lo vuelve a encontrar.

—Exageráis —dijo ser Navin.

En otras circunstancias, Diana quizá se habría mofado de la incredulidad de sus hombres. Pero estaba viviendo en carne propia el mismo desosiego que los demás, y había visto los cadáveres.

«Cinco. Uno para cada dios». Y todos expuestos así a la naturaleza, cómo religiosas ofrendas.

No creía en las casualidades.

Al primero lo habían hallado bajo la sombra de un árbol, no menos que una vieja osamenta sin ninguna huella de humanidad. El segundo aún estaba fresco, y no había llegado a la adultez.

Un historial de sangre asolaba a aquel bosque regido por la naturaleza.

El Aurantiaco era eje de toda clase de historias. Todas ciertas, y cada una más temible e insólita que la anterior. Los aldeanos que frecuentaban la zona, cuyos sembradíos se extendían hasta la embocadura, decían que en aquel terreno verdoso, oculto por frondosas copas de sauce y ciénagas, la muerte era quién comandaba las tropas.

Se respiraba moho en vez de aire, se bebía orine en vez de agua, pues el bosque era famoso por ahogar a sus invitados, y ahorcar con follaje y espinas a los indeseables.

Cómo en toda superstición, no faltaba quien dijera que los estanques estaban contaminados, las piedras hechizadas, y los árboles, encantados con poderosos y olvidados embrujos.

Cuando se hablaba de cómo había sido creado aquel bosque, con aquellos imposibles troncos que se enzarzaban entre sí como gigantes dormidos, los hombres, los mismos que habían crecido oyendo historias sobre las víctimas que ésta ente dejaba a su paso, no sabían qué responder, y optaban por el silencio. Se creía entonces que llevaba más años de los que se podían contar, y que había servido de verdugo a los dioses antes de ser desterrado del Niorj.

También se decía que tenía memoria, y que nunca olvidaba un rostro.

—Ése árbol me está mirando —dijo ser Navin, empequeñeciéndose en su montura.

Diana llevó su mirada hacia el antiguo sauce que esculpía vetas negras en su tronco. La composición de éste, erigida con corteza oscura y relieves correosos, se asemejaba mucho a la tinta derramada, y dibujaba con extrañeza las facciones de una mujer.

—Os lo dije la primera vez: este lugar conserva los rostros de cuyas vidas arrebatada —dijo ser Elio—, malditas desde las piedras hasta el fragante aleteo de las aves, no lo olvidéis —su voz se perdió recelosa por encima de los árboles.

Ser Elio llevaba diez años recorriendo los terrenos del Aurantiaco. Al principio, cuando era joven y estúpido, se embaucaba en los lugares más peligrosos solo por prestigio y por algo de que hablar en el inmenso Salón Ceniza, pero la edad le enseñó a repudiar esta clase de aventuras. No estaba seguro de haber elegido la profesión correcta. Pero eso no podía decirlo en voz alta.

Su mirada se retuvo un instante en el gesto que parecía expresar aquel semblante arbóreo; humano, casi realista. Las vetas de aquel árbol emulaban a la perfección los rasgos de una mujer en agonía.

Bajo la sombra del árbol, se divisaban restos de un fémur.

Diana frunció el seño y miró con gesto de confusión al comandante de su guardia.

—¿Es posible que nuestro amigo plateado haya tenido compañía durante sus últimos días?

Ser Navin Geruld, sabio veterano, de ojos grises y barba blanca, escrutó el hueso con interés al tiempo que sujetaba las riendas de su caballo.

No pareció sorprendido por el nuevo hallazgo.

—Las bestias del bosque, mi lady —resolvió, tan sereno como acostumbraba—, de vez en cuando desentierran los cadáveres y los arrastran hasta el río.

—Estamos lejos del Río Negro, ser.

—Pero no lejos de las ciénagas: dónde, al menos, uno de nuestros hombres siempre termina ahogado bajo alimañas. Un oso, o tal vez un lobo, lo habrá desenterrado y traído hasta aquí.

«Aguas Aciagas», así habían bautizado a las ciénagas que se hallaban a media legua del corazón del bosque, en honor al desaliento que confería a sus viajeros. Diana se lamentó en silencio.

Cuando venían de partida habían perdido a un valiente soldado que tenía toda una vida por delante. Ella había intentado recuperar el cadáver, pero ser Elio la había agarrado del brazo y persuadido de no sumergirse bajo aquellas aguas verdosas, que se creían enmohecidas.

«Su cuerpo podrá haberse perdido, pero su recuerdo jamás será olvidado». Se juró que le rezaría noche y día, sin cesar, para que así éste pudiera encontrar más fácilmente el camino hacia las puertas de Valoys: el enorme muro de hielo que precedía al reino de los dioses.

—¿Quiere mi lady que inspeccionemos el área? —inquirió ser Navin, atento a su mirada pensativa.

Ella, consciente de que la observaban, endureció sus rasgos y alzó más la cabeza.

—Dejemos a los muertos descansar, ser.

—Y a los vivos continuar la avanzadilla —recomendó ser Salomón.

La guarnición se desplazó entonces a caballo por el lúgubre bosque hasta llegar a la desembocadura del Aurantiaco.

Luego de haberse entrenado durante un año en los dominios de Hozen, la princesa Diana partía de vuelta a su hogar en compañía de los más selectos caballeros: tal cual acostumbraban todos los pilluelos de la Corona al alcanzar la edad requerida.

El viaje había sido arduo de ida como de vuelta.

Ella no era más esa niña tonta que había partido de casa. Se había curtido durante la travesía, había conocido tanto en Hozen como en el trayecto la sangre y la muerte. Sus maestros le habían enseñado a manejar sus

poderes y a racionar su magnar.

La calle, la necesidad y el hambre, habían hecho mella en ella y arrebatado sentimientos banales como la vanidad y el lujo, pero no se sentía más especial por ello, sino más sombría, y cauta.

El bosque entero la evaluaba.

—Hay una leyenda —dijo Diana, mirando por encima de las copas: los árboles llegaban hasta el cielo, enormes como titanes. Escasa la luz crepuscular que se colaba dentro de aquel bosque—, más bien un rumor, que dice que el Arpista de TorreOscura toca aquí cada noche.

—¿El Arpista?

—Ocaríus, hijo de Galia, fue un simple granjero antes de conocer las bondades de la música —respondió ella—, o eso dicen los trovadores, que lo describieron como un anciano torpe y encorvado, a cuyos oídos le fue negada la canción de los hombres. Se cree que era sordo, y por esto la última frase.

Evocó primero la historia en su cabeza, tal cual se la había contado una vez su querido hermano Robb, cuando aún era niña. Rememoró sus palabras y las ordenó según su gusto:

—Fue enviado por los dioses para que conviviera con la humanidad, la creación de Videntis. Pero él, aunque divino, llegó al mundo como todos nosotros: berreando y con los ojos cerrados. Saboreó la leche materna, le quitó las botas a su padre cada vez que del trabajo él llegaba. Cuando creció, se enamoró y tuvo hijos. Todo esto sin escuchar la canción de los hombres, que apenas era un rumor en el viento.

—Ah, recuerdo esa historia —sonrió Salomón—, mi madre solía contármela cuando...

Pero Diana le interrumpió.

—Su esposa le dio cinco hijos. El último murió con ella, aún en el vientre. Los demás vivieron lo suficiente como para acompañar a su padre al campo. Su favorito, Naiara, era lerdo de nacimiento, pero eso no evitó que le siguiera a todas partes. Cuando creció, Naiara se hizo paje y vistió armadura. Su padre, desolado, acudió a la corte y buscó trabajo. Pero estaba muy viejo... y no entendía las órdenes del senescal.

»Un día, al ver su tristeza, la diosa Galia acudió a él y con pluma y seda, le hizo entrega de un regalo: un arpa, pequeña, de fácil manejo, la primera en existencia. Ocaríus no supo qué decir; pero se dice que lloraba de alegría, pues ya sabía qué hacer con ella. Al día siguiente se presentó

en la corte y tocó el instrumento. Y no hubo nadie que no quedará deleitado con aquel concierto, pues la música que del artefacto brotaba parecía hecha con los sonidos del mar y el cielo. Pronto Ocaríus se ganó un puesto de bardo en la corte, y aunque nunca supo lo que sus letras y sus acordes decían, muchos estuvieron de acuerdo en qué había nacido para la música. Él era pues, un ángel de la música, y sin haber oído jamás una sola estrofa de sus labios. Naiara regresó de la guerra convertido en lord de tierras lejanas, e invitó a su padre a tocar en el nuevo salón de la familia: de mármol blanco y techo abierto. Las estrellas se presentarían ese día para ver tocar al famoso bardo cuya fama se había regado por todo el reino, y que hasta el mismo dios de la muerte había oído una noche que guiaba a un moribundo hacia el descanso:

«Es un emisario de los dioses», dijo el moribundo a su acompañante, que escuchaba atentamente. «Su talento no proviene de este mundo», Va'clies, receloso, oyó atentamente el discurso del moribundo y después buscó al cantante por todas partes.

»Su sorpresa fue mayor cuando descubrió a dicha familia, pues su hijo Naiara estuvo a punto de morir en combate por una espada en la garganta, antes de ofrecerse a él como tributo, como ciervo de la oscuridad. Al venderse, al congraciarse ante él, consiguió ganarse las tierras que tanta admiración habían despertado entre sus semejantes. Y aquí es donde se dice que el dios de la muerte da con una mano y quita con la otra...

»Así, luego de estas revelaciones, el dios de Eusthaim planeó una treta, y pronto puso en marcha su plan. Se presentó en el palacio, vistiendo de ébano, y se anunció aliado del comandante Naiara, cuya valía había despertado el furor de todo el mundo, lo recibió con los brazos abiertos: pues habían combatido espalda con espalda en la guerra, hombro con hombro. Antes de que llegará el amanecer, precisamente durante la Hora de las Velas, Naiara fue encontrado muerto en su salón, con cien espadas enterradas en su cuerpo. Y el salón, reluciente, se convirtió en una cárcel para Ocaríus, que lloraba desconsoladamente la muerte de su primogénito. «Y yo, ¿Quién soy? Ahora sin vos», se lamentaba el Arpista, en un salón de piedra oscura, carente de invitados. Pero los cadáveres emanaban emociones aún yacientes en su lecho, y los miembros de Naiara se relajaron ante las caricias de su padre; que no había dejado de limpiarlo aunque llevaba días muerto. El Arpista comprendió que su hijo estaba en mejor lugar, que había vivido atormentado, y que ahora descansaba con los dioses, en algún rincón del Niorj: «tranquilo, ángel, aprenderé a vivir con el dolor. Te prometo que seré feliz», cantó Ocaríus a su hijo, un minuto antes de recibir la visita del dios de la muerte. «Naiara, pecador, codicioso, asesino, se arrodilló ante mí, pero lo he enviado a conocer la bondad y no el suplicio», dijo la muerte, regia. «Todo esto tiene un alto precio, vuestros servicios a cambio del alma de tu hijo». Así, el Arpista dejó las ovaciones de las cortes para recorrer el mundo de la

mano del dios, cómo un fiel sirviente.

»Desde ese día, se dice que cada vez que la muerte está cerca, el arpa de Galia anuncia su presencia, corrompida por el poder de la muerte, y esbozando sonetos más siniestros bajo la amarga voz del Arpista.

Para Diana, el Aurantiaco estaba lleno de música. Solo era cuestión de escuchar.

La guarnición entera se estremeció.

—Habéis puesto unas caras —se burló más tarde, volviéndose hacia los soldados—, ¡Épicas!

Y habría continuado riéndose, de no ser porque chocó sin querer con una cortina de hojas húmedas, extendidas a lo largo de una corteza que sobresalía del camino.

Su cabello quedó hecho un enjambre debido a este último incidente.

—Mi señora, por favor manténgase atenta al camino —le sugirió ser Salomón, a lomos de un tordillo flaco—. El rey nos ha avisado de los oscuros peligros que acechan la ciudad. Lo mejor que podemos hacer es andarnos prevenidos, y mantener cerca las espadas por si debemos defendernos.

«Salomón es demasiado mediocre», suspiró Diana, acariciando el lomo regio de Eros, su caballo.

Ser Salomón Fyre, enclenque y descarnado, no había dejado de percibir amenazas por todos lados y asustarse como una doncella hasta con el crujir de una ramita.

Sin embargo, ante aquella advertencia, Diana respondió con artificial dulzura.

—Lo tendré en cuenta, Salomón.

Aquel último comentario no sonó para nada amable, pero de igual manera las mejillas del muchacho se encendieron un poco. Él gusta de ella, y ella lo sabe. Lo usa en su favor cuando necesita algo de compañía.

—No nos falta mucho camino, mi querido y torpe amigo, después de esta pendiente... —señaló un collado verde gris con maleza crecida—, aparecerán las cordilleras de las montañas Bisen, y solo tendremos que acampar un día más, después de ahí, lo que reste será cómo un paseo.

—¿Acampar? —Pronunció ser Nalvin Gerud, con su capa de lana de vicuña envolviéndole como una rolliza ardilla—. Lady Diana, no nos encontramos muy lejos del pueblito Alba Collis, e imagino yo que querrá usted descansar como los dioses mandan en una de sus pintorescas posadas; he oído que en Los barriles del sucio Rommel siempre hay heno para los caballos, un establo de lo más acogedor donde podrán recuperar sus energías, y litros y litros de hidromiel para los comensales. ¿No sería más sensato dirigirnos allá?

—Está usted en lo cierto, aunque sospecho que esas no son sus verdaderas motivaciones. ¿Verdad, ser Nalvin? No me cabe duda de que lo que realmente a usted le llama con tanta ímpetu hacia las bellezas del campo son las meretrices de la taberna de al lado. ¿Es qué ha sido un viaje muy duro, mi señor?

Ser Elio, quién hasta entonces se había mantenido imparcial en todas las disputas, se sacó de la boca una hojarasca a medio comer para contestarle lo siguiente:

—Fíjese, mi lady, que a nosotros los hombres no nos resultaría el campo tan tentador si en el Ascenso regresaran pronto los burdeles —sostuvo ser Elio con una sonrisa maliciosa—, y no nos malinterprete, mi bondadosa señora, pero desde que vuestro tío Abithus se encargó de prohibir los más mundanos placeres, la vida en la capital se ha tornado un tanto insípida; las putas son la distracción de los que labran la tierra y cortan el trigo como diablos; el consuelo de los caballeros frustrados, quienes en sus hogares no consiguen variar la rutina y se desviven en deudas —y con el palillo de la hojarasca dando vueltas en sus dedos pardos, añadió—, sin la disposición de tan demandado servicio, los hombres no tienen motivación alguna para obrar como se debería, pues sus cabezas permanecen estresadas por las obligaciones que les agobian sin descanso, y sus pollas, a la disposición de sus desganadas mujeres: criaturas viles que evitan el coito a toda costa por miedo a quedarse preñadas y llenarse de más hijos.

Los soldados celebraron la respuesta de ser Elio con gestos de camaradería. Pero Diana, un poco más taimada, por naturaleza se limitó a asentir y a fingir que el caballero había logrado enmudecer a una hija del Nido.

—Bravo, acabas de resolver todos los problemas del mundo —pensó mientras devolvía una ingenua sonrisa al pelotón de varones que se cerraba a su alrededor.

Lo que muchos no sabían —y prefería mantener en anonimato, por cuestiones diplomáticas—, era que ella había escrito dicha ley en persona. Impuesta tres veranos atrás como una medida abrupta para zanjar el comercio ilegal de mujeres. Cifras tan alarmantes que repercutían en

numerosos bastardos de calle: todos productos de violaciones y unas cuantas monedas de bronce.

Diana no se arrepentía de esa prohibición.

—¡Ah! ¡Con razón ahora todos quieren pertenecer a la Guardia Esterlina! —Soltó de repente Salomón, con su patética sonrisa de mozalbete—. ¡Lo que sea con tal de salir un poco de aquel convento! He oído y, corríjanme si me equivoco, que en el castillo los hombres hacen fila en el despacho del Rey para solicitar encargos fuera del Ascenso, y poder así ausentarse meses enteros sin remordimiento por abandonar a sus familias e hijos. ¿Qué tal ven eso?

—Cómo una gran falta de honor —respondió la princesa—, la Ciudadela no posee nuestra misma cultura, ellos no le dan importancia a las costumbres como lo hacemos nosotros: por mi parte, jamás abandonaría a mi sangre —mantiene con su mentón en alto y una mirada imperiosa—, jamás dejaría atrás a Robert y a Jaziel.

—Pero ellos a usted sí, mi señora! —Aventuró ser Navin, con su rostro desfigurado por el filo de una navaja de plata—. ¡Cohíbelos de unas buenas tetas y saldrán corriendo hasta el burdel más cercano, de dónde le aseguró, no regresarán! Pero, bendita sea la Corona, tiene que tener sus privilegios.

La princesa estuvo a punto de replicar, pero se contuvo, sabía que bastaba una sola palabra para hacer llover la desgracia sobre su familia: si abría la boca o insinuaba algo relacionado a la baja acción coital de sus hermanos, probablemente acabarían siendo el hazmerreír del populacho.

Continuó con su mirada clavada en el paisaje: en las hayas que aparecían de vez en cuando, indicando que aún salían del bosque.

Pensó en sus hermanos. En Robert, tranquilo como el viento, y luego en Jaziel, indómito como la tormenta, y sonrió mientras cabalgaba.

«Hermano mío, ¿Habrás tenido mejor éxito esta vez?». Jaziel Incender no renunciaba con tanta facilidad a sus propósitos, y uno de ellos era congraciarse ante los ojos observadores de su hermano Robert, cuyos secretos eran un laberinto de niebla para todos.

«Con un poco de suerte, me las ingeniaré para que arreglen sus diferencias».

Sentimientos contradictorios la habían embargado durante el viaje.

Constantemente se dividía entre el placer de haber conocido el mundo, desconocido hasta entonces para ella, mientras al mismo tiempo se

horrorizaba por la fealdad de éste: por la violencia que movía a los hombres, impune a los ojos de Videntis, y el desconsuelo de las mujeres, que no hacía más que incrementarse.

«Cuando vuelva a casa, me las apañaré para velar por ellas».

Tenía una larga lista de lo que quería hacer en cuánto pisara su tierra, pero la espoleaba el deseo de volver a ver a su enamorado.

«Mi sol naciente —sonrió ensimismada—, alma de mi alma». No hubo día que no velara por la salud de su amado, y aún así, se sentía culpable por haber impuesto tantas millas entre ellos, por haber alimentado aquel amorío imposible y luego burlado con un romance pasajero en Hozen.

«No tiene porqué saberlo —se decía—, o quizá sí, después de todo, nunca he sido una mujer deshonesta, dado que la blasfemia es para cobardes», le diría a Nathaniel lo que había ocurrido, y él vería después si la perdonaba por sus tropiezos.

Una cosa era cierta, tenía pensado continuar con su romance, aunque se desgarrara el corazón en el intento, aunque en el fondo supiera que aquella dulce ilusión no terminaría en buenos términos, porque ella era una princesa, y él, un lord.

Los Incender se casaban entre ellos.

«Nath me perdonará, siempre lo hace, ¿Por qué sería diferente esta vez?», tenía que perdonarla, debía perdonarla.

La princesa era una mujer caprichosa, de elevado orgullo, no olvidaba nunca a quiénes el respeto le faltaban, pero solía olvidarse a conveniencia de sus tropiezos. Era buena persona, se preocupaba por el pueblo, y pasaba en el despacho del rey más tiempo que sus hermanos, trabajando con su tío, pero su rango y su riqueza la hacían vanidosa a los ojos de cualquiera. No sabía pedir disculpas.

Cuando quería sonar afligida por algo, las palabras le salían odiosas de la boca.

Tenía diecisiete años, y se creía ensayada en el amor.

Su querido Eros, un corcel de espaldar grueso y color azabache, había resultado un aliado bastante competente, y aunque de cuando en cuando este coceaba para manifestar su notorio cansancio, sabía que no se detendría hasta llevarle a Los barriles del sucio Rommel.

Salió de su ensoñación gracias a un ruido proveniente de las copas de los árboles, justo encima de un frondoso pinar bañado tenuemente por el

resplandor dorado del sol poniente: el graznido copioso de unos cuervos la devolvieron a la realidad.

Salomón no perdió oportunidad para bufarse de su comportamiento aniñado.

—¿Asustada, mi señora? —su tono descargaba sarcasmo—. Criaturas maravillosas ¿eh? Mi tatarabuelo las tenía bordadas en los calzones, y su señor padre, en los pezones.

Tenía razón, los cuervos eran seres maravillosos, todos estaban cubiertos de un misterio y un aura mortuoria que producía escalofríos.

Resultaba fácil deducir que el blasón de la casa Incender lucía una de esas peculiares avecillas. Aunque el animal que engalanaba el emblema de su casa no era cualquier ave desplumada y feúcha. Eso ni pensarlo. El mar sangriento que cubría la tela de sus implacables estandartes, imponía sin falta y con orgullo un gran cuervo de pelaje oscuro, con un pico puntiagudo como una garra de león y unas plumas tan largas y frondosas que destilaban a leguas la vanidad de todo su poderío: y esta criatura se expandía en el marco de la tela cómo si pudiera echarse a volar en cualquier momento.

Era un simbolismo.

«Fuerza, sacrificio y sangre», las tres reglas de oro de una dinastía que había perdurado por más de trescientos años.

Haciendo honor al lema de su casa, hinchó el pecho y se regodeó de ufanía.

—Es cómo si estuvieran huyendo... —inquirió, colocando sus manos en modo de visor para otear más arriba de las ramas—. ¿Por qué? ¿A dónde se dirigen?

—Si no me falla mi intuición, tal vez al Ascenso —contestó lacónico ser Navil, con un humor de perros por el dolor de culo que causaba pasar todo el día a caballo.

—¡Si, allá hay bastante carroña para esas cosas...! —Agregó ser Elio, escrupuloso—. Ciertamente, son como una plaga: están en todos lados y no les importa defecar en vuestra cara y costoso ropaje, pero eso no lo escucharon de mí ¿entendido? Si los maestros se enterasen de mis palabras...

—¡El Rey Abithus nos advirtió que estuviésemos atentos, recordad que no

es seguro!

Salomón opinó diferente al resto, cómo era de esperarse.

El mozo buscó la empuñadura de su espada, envainada en madera, y la deslizó hacia afuera mientras con sus ojos jaspe recorría el perímetro.

—Deberíamos apresurar el paso, mi lady, hay algo de este bosque que no me termina de convencer...

Y Diana, por primera vez desde que le conoció, se encontró de acuerdo con el doncel. Estuvo a punto de pedirle a su semental que fuera más rápido cuando un alarido de dolor se produjo justo detrás de ella.

Se volteó para entender de dónde había provenido el alarido, rápidamente, se encontró a ser Naven con una flecha incrustada en su ojo izquierdo, expulsando un sangrerío muy similar al de un vaso de agua desbordado y con las manos alzadas al aire. El soldado cayó del corcel y se retorció por el suelo como una cucaracha.

El animal, en consecuencia, se alzó entonces por sus patas traseras, y asustado y desenfrenado, sus piernas delanteras fueron a parar de lleno en la cabeza del ser, destrozándola como una sandía de temporada.

Ser Salomón y ser Elio desenvainaron sus sables al tiempo que se abrochaban sus opulentos yelmos de plata; no hubo tiempo para lamentar la muerte del soldado.

Estaban siendo vilmente atacados.

La princesa también se bajó del caballo, asqueada por la horripilante muerte de su guarda, quiso evitarse el mismo destino.

Examinaron cautelosos el perímetro, descubriendo así que el ataque había venido directo desde la copa de los árboles, pero el sol, que no se prestaba para aclarar el escenario, destilaba sus últimos rayos de luz, resultando imposible distinguir una sombra movediza de entre los árboles.

—¡Llévate a la princesa de aquí! —le ordenó ser Elio a Salomón en un tono que no acarrearía contradicción alguna.

Lo demás transcurrió lento, como una especie de película de terror.

Diana observó amilanada como otro de sus caballeros y tres soldados cualesquiera que hacían de retaguardia perdían la vida en un simple parpadear de ojos; la sangre salpicó por todos lados, y el asesino sonrió satisfecho al penetrar las tiernas carnes de los hombres, a quienes

atravesó con una fuerza sobrehumana con el filo de lanzas herrumbrosas, sacándoles las tripas pese a sus cotas de cuero.

Salomón intentó auparse en el corcel, pero tembló como el cobarde que siempre había sido y cayó de bruces en el piso, saboreando la sangre de sus camaradas. El encapuchado río, satisfecho con su victoria, descendió de un álamo en donde se situaba y prosiguió a patearle tres veces el estómago.

Tuvo que haberle dolido malditamente aun con su armadura de acero, pues de la boca de ser Salomón afloró un hilillo carmesí, que tiñó al instante de rojo su barbilla partida. Aquello bastó para que Diana comprendiera que su guardia había sido abatido incluso antes de que tuviera ocasión de mostrar su fiereza. Salomón Fyre continuó esbozando leves estertores, más tarde se le oiría balbucear la palabra «piedad» cuando la bota del maleante oprimió sin delicadeza su torso.

Diana comprendió entonces que estaba sola y que había sido desprovista de toda protección. ¡Aunque para lo que le había servido!

Ahora era su turno de desenvainar la espada, de enfrentar al enemigo.

El encapuchado comprendió a la perfección la situación, pues le esperó con la calma de un hombre que cree tener consigo la victoria de su lado. Plantado enfrente de un tronco de arce, su pie derecho reposaba con triunfo en el pecho del joven que ahora yacía en el suelo, como si de un pequeño insecto se tratara.

Ser Salomón gimió su nombre por última vez antes de perder el conocimiento.

—Diana... —sus ojos color jaspe la buscaron desesperados en medio de aquella masacre.

Desde la ventajosa posición en la que se encontraba, el joven caballero parecía no tener a su favor más que unas cuantas horas de vida.

La princesa suspiró, luego apretó el mango de su espada y atacó.

Sin perder tiempo, enarboló su sable hacia la cabeza del asesino, buscando venganza contra sus hermanos caídos. El asesino retrocedió ante sus concisos ataques. Se convence de que puede llevarle el ritmo. Empiezan un choque de espadas y el sonido del metal contra metal no tarda en ambientar el lugar.

Sus compatriotas habían muerto valientemente, se decía, aunque nada les perdonaría no haber utilizado las habilidades de su casa, sin duda, los

maestros no estarían nada contentos en cuanto lo supieran.

Ella era diferente. Ella podía defenderse... Los frutos de su entrenamiento en Hozen tenían que haberle valido para algo.

¡Y lo intenta!

Concentró todas sus energías en la palma de su mano y esperó a que se cubriera con una elegante llama anaranjada, a que el magnar de su interior respondiera a sus ruegos y rodeara el hombre que tenía al frente hasta incinerarlo. Él comprendió de inmediato su técnica; era un maestro de la guerra, no cabía duda, se alejó varios metros de la fémina, evadiendo las llamas para pensar mejor sus próximos movimientos.

Pero Diana era todavía una principiante y esta su primera batalla real lejos de casa. Ahí nadie estaba fingiendo sus ataques ni la letalidad del metal; era vivir y morir, eso lo tenía bastante claro, pero de todas maneras le tomó de sorpresa la flecha que brotó de su pierna y desgarró su piel. Cayó al suelo con un estruendoso chillido y miró con un intenso odio al encapuchado. Pero éste no había sido su atacante; sino otro de su especie. Ahora comprendía que se había olvidado del arquero (o de los arqueros) y que nunca se trató de solo uno, sino de dos porque uno manejaba el arco y el otro, las armas.

Estaba acorralada, derrotada.

Los hombres, muy campantes, prosiguieron a dirigirse a su dirección: tenían el premio gordo y estaban a punto de reclamarlo.

La princesa los miró fijamente, sin desbordar ni una pizca de miedo, temblaba de rabia de pies a cabeza, la ira y la humillación pintaban de carmín sus mejillas.

De haber tenido las fuerzas necesarias, de haber podido siquiera enderezarse de nuevo, les habría arrancado la garganta con los dientes.

¡Mátenla, no le importa!

¡Era ella una Incender, no le temía a la muerte! Esas palabras parecían declarar sus ojos furibundos.

«Fuerza, sacrificio y sangre», hoy le tocaba a ella ser el sacrificio, para que mañana sus hermanos corrieran la sangre.

Esperó su sentencia con sosiego, tanteándose de cuando en cuando la herida en la pierna para retener la sangre fresca. Sus hermanos lo sabrían algún día, sí, entonces ellos la vengarían y arrasaría con fuego a esos

hombres, porque la familia era sagrada.

Cerró sus ojos, mordiéndose los labios para no dejar escapar ni un solo jadeo: no les daría ese placer.

Sin embargo, su muerte no llegó, la escena que tuvo lugar a continuación la dejó paralizada tras descubrir que su destino sería mucho peor de lo augurado. A la espera de un veredicto final, el corazón de la princesa latió al galope en cuanto les oyó discutir sobre un penoso albergue, y llegar así a la conclusión de que valdría más viva que muerta.

Ellos se la llevarían...

Ellos le harían pasar un infierno en quién sabe dónde y eso sí que le atemorizaba... Se le aproximaron con desdén, esbozando maliciosas sonrisas entre sí, luego, aunque ya se lo esperaba, nada evitó que su cuerpo reaccionara cuando uno de ellos le enterró las uñas en la cara y la violentó con la huella de una bofetada.

Aquel golpe no inmutó a la princesa.

Al contrario.

Continuó de cara hacia sus agresores, esgrimiendo un semblante orgulloso, muy digno de su estirpe, que le valió al menos otra bofetada y un puntapié en el estómago.

—¡Ya obedecerás!

La segunda tunda fue más dura que la anterior. Pues no existe nada más frágil en este mundo que el orgullo herido de un hombre, y he aquí que ella, con esa descarada sonrisa manchada de sangre, había puesto en ridículo a dos. Diana se dobló sobre sí misma en cuanto recibió los puntapiés en el estómago, y aunque al principio se había propuesto recibir todo golpe a su imagen con dignidad, más tarde terminó tendida en el pasto con el mentón en dirección hacia el joven Fyre.

¿Cómo había aguantado Salomón tres de esos choques? ¡Era casi imposible soportar tanto dolor! Con un rictus de suplicio adornando sus labios, su vista pronto se oscureció y la noche, la noche de plata, cubrió con halos de luz los cuerpos exánimes del bosque.

Lo último que sus ojos alcanzaron a ver fueron dos brillantes esmeraldas que relucían como auroras boreales.

La oscuridad empezó a cerrarse a su alrededor.

«Como dos lunas —pensó aletargada, mientras su cabeza daba vueltas y su piel ardía por la herida en su pierna—, o cómo un bosque, sí, cómo los reflejos de un bosque encantado...».

Y escuchó, bien a lo lejos, el arpa de Ocaríus, tocando su música especialmente para ella.

La música de las tinieblas lamió sus oídos. Y un frío de muerte besó sus mejillas.

—Él está cerca —pensó en su tormento, porque al fin había caído en la cuenta que se estaba llevando con ella un secreto inacabado que habría de pesar sobre los hombros de su sangre en cuanto llegara el momento—, y cuando el príncipe está cerca, nadie está a salvo.

Ni siquiera los que han nacido bajo la grandeza.

Capítulo 2

Gaela

—Por favor, te prometo que te pagaré en cuanto tenga el dinero —imploraba una muchacha, de mirada intensa y aspecto corriente—. Solo déjame arreglar unos asuntos con mi jefe y...

—Tu jefe te ha despedido —respondió el tendero, con tal malicia que se creería que gozaba de cierta alegría por las desdichas ajenas.

Se encontraba la joven en el corazón del mercado, casi en la algarabía de Rathole, negociando con un hombre cuyos escaparates exhibían lo que posiblemente se convertiría en su cena de esta noche.

La imagen del pan fresco, aún caliente en la bandeja, le resolvía el estómago tanto como la hacía babear por un mísero mordisco.

Gaela no se resignó a la negativa, adoptando una postura firme, continuó de pie ante el tendero, y con más seguridad que antes, agregó:

—Un trato injusto —dijo con más rudeza de la que le gustaría expresar—, fue lo que recibí de aquel mercader, y vos lo sabéis mejor que nadie, puesto que no sois indiferente a los rumores.

El hombre, pertinaz, avaro por naturaleza, pareció meditar bien sus palabras: era cierto eso que Gaela no había hecho nada deshonesto en el local de especias donde había trabajado tan arduamente, y sin descanso los últimos dos meses. Se decía que había cuidado del negocio con más propiedad que ningún otro empleado, y por eso mismo no lograba el tendero comprender cómo había sido despedida de un día a otro.

—El extranjero es hombre desconfiado —explicó ella, con paciencia—, no habla bien nuestro idioma, y su negocio es tan vulnerable como cualquier otro; la escasez no perdona a nadie.

Y desde luego no la había perdonado a ella, que había sido despedida hacía dos semanas, y todo gracias a una moneda de bronce que el jefe hizo girar delante de dos futuros candidatos a la hambruna: si salía la cara del rey ella se quedaba, pero si salía la corona de astas...

—Un hijo de puta —concluyó al fin, negando por lo bajo—, como todos esos lyrenses andrajosos que han venido aquí en busca del milagro del

rey. No han traído más que enfermedad...

—En eso, al menos, estamos de acuerdo, niña —aquel último comentario pareció derribar las defensas del tendero por un momento—. Todos mis parientes murieron debido a la enfermedad: la pralalba, sumado a la escasez, no ha hecho más que reducirnos a la miseria.

Gaela aprovechó esa debilidad a su favor, atrajo el interés del tendero, nostálgico por la pérdida, y luego, e ingeniosamente, se las arregló para llevar la conversación hacia el tema inicial.

—Lo mejor que podemos hacer para congraciarnos ante esta epidemia y ante los ojos de Videntis, es dar la mano a quien más lo necesita...

Y con estas palabras, Gaela agachaba la cabeza y suspiraba, como si quisiera dar a entender que ella más que nadie necesitaba de un empujón en ese instante.

El tendero entornó sus ojillos codiciosos.

—¡Ah, vil criatura! —rugió—, ¡No estás muy lejos de ser como esos lyrenses!

Ella protestó.

—Oh, Darren, harías bien en recordar que jamás he venido aquí con los bolsillos vacíos.

A diferencia de los mendigos, de los críos callejeros, y de los extranjeros, Gaela siempre pagaba todo lo que consumía. No acostumbraba a pedir, puesto que prefería ganarse cualquier alimento con esfuerzo, y no desde la lástima y la mentira.

—Aun no pagáis tu última deuda —señaló el tendero, tan desconfiado como cualquier mercader.

—Porque aún no he conseguido empleo —replicó, con la misma fuerza y vigor que el tendero utilizaba para menospreciar su urgencia—, pero cuando lo consiga, os juro que te pagaré con creces todo lo que has hecho por mí —se llevó una mano al justillo—, y como prueba de mi buena fe, tomad esto —con dedos hábiles, Gaela arrancó de su justillo un remache de tela que guardaba dos monedas de bronce—, es lo único que me queda, tómalo, y saldemos la deuda.

Sin prisas, el tendero extendió la mano para recibir el dinero, y lo examinó por tanto tiempo que Gaela terminó pensando que aquello no era otra

forma de reírse de su situación.

Finalmente, metió las monedas en sus hondos bolsillos y se cruzó de brazos:

—La deuda anterior está saldada, pero todavía no me explico cómo cubriras está —Gaela sintió que palidecía—, no hay garantía de que consigas empleo pronto, y por el aspecto que tienes, yo creería que estás más cerca de las casas del placer que de reinventarte.

El rostro del tendero, expuesto a contraluz por horario vespertino, se contrajo en un feo gesto de burla. Gaela apretó los puños.

Una impotencia desmedida empezó a bullir por todo su menudo cuerpo.

—Primero... —sus ojos se elevaron hacia los sinuosos del tendero—, haré como si no he oído eso. Segundo, agradecería y me hiciera el favor de fiarme esos panes, que tenga por certeza pagaré más adelante por el doble de su valor. No vengo aquí con la intención de discutir con usted. Soy cliente frecuente. No me desapareceré mañana. Puede usted confiar en mí. Es verdad que la última vez me atrasé con mi pago, pero cuando por fin conseguí la plata no dudé en acudir a ti. Con pena y vergüenza, me veo en la situación de volver a recurrir a sus servicios, y no me iré de aquí sin ellos.

En sus ojos se leía la necesidad, la angustia que representaba para ella marcharse de ahí con las manos vacías. Aun así, el tendero tuvo la osadía de soltar una carcajada.

Gaela conservó la calma, sin embargo, sus ojos se humedecieron un poco.

—Lastima que vos no decidís a quien puedo o no fiar mis productos. Oh, chiquilla, no eres la única que viene por aquí contando historias tristes. Pero contad todas las que te dé la gana: no seré yo quien pierda.

—Te pagaré en cuánto...

—Págame ahora y el pan es tuyo.

Pero Gaela no perdió las esperanzas, en un rápido ademán, quizá algo desesperado, extendió la mano hacia el tendero, con el propósito de que hallará en sus dedos la joya reluciente que una vez perteneció a su madre.

—Es tuyo si estás dispuesto a tomarlo —ofreció, con la barbilla apoyada en el dorso de su mano—, estoy segura que vale al menos una docena de

panes.

Y procedió a endulzar sus oídos con palabras halagueñas, mismas palabras que le valieron al menos un minuto de silencio de parte de su interlocutor, quién tenía puesta su atención en el anillo de bronce y musgo que decoraba su dedo anular. No era valioso. La piedra que enmarcaba la joya despedía solo pobres destellos: quizá crisolito, o algún abalorio engañoso que a la vista parecía lujoso. Gaela no lo sabía con certeza, puesto que la joya había sido un regalo para Esmeralda. No para ella.

«Es una buena oferta», pensaba, aunque su venta le produjera dilema, «es un presente divino, y no es mío», mientras confiaba en la calidad de su oferta, en el fondo se debatía sobre sí de verdad estaría haciendo ella lo correcto.

Pero el hambre no la dejaba razonar con claridad, de modo que insistió tres veces más, hasta que el hombre al fin se decidió y dijo:

—Una baratija —desdeñó—, como esas hay muchas.

Gaela empezó a perder la paciencia, apoyando ambas manos en el mostrador, se apresuró a responder a aquel mercader de ojillos codiciosos:

—Ninguna otra —aseguró, con semblante obstinado—, búsquela en el mercado y no verá nada igual. Es única en su especie. Vale al menos la mitad de esos panes que están detrás de usted. Quizá más.

—Si la joya es tan especial... —valoró el mercader—, quizá ni sea de usted. ¿Pretende hacerme creer que usando todos esos viles harapos, ese anillo tiene un buen proceder? ¡Niña, yo también fuí joven!

—No estará insinuando que lo he robado...

—Tuyo, sin lugar a dudas, no es. ¡Solo mírate en el espejo, chiquilla, y sabrás cuánta razón tengo!

El corazón de Gaela se aceleró, no estaba dispuesta a oír semejantes acusaciones y menos de un mercader que a espaldas de la Corona fomentaba la venta de sustancias alucinógenas. El negocio del pan solo era la fachada perfecta para excusar las exorbitantes ventas de su negocio, y Gaela no estaría ahora aquí si no fuera porque, dado el fraude, el producto también era el más económico de la ciudad.

El tendero no le vendía simplemente porque sentía placer viéndola rogar. Ahí, casi de rodillas como una mendiga...

—Todo lo que tengo lo he adquirido con el sudor de mi frente —una respiración agresiva envolvía sus palabras—. Nada ha sido regalado.

Y mientras decía esto último, se aproximaba hacia el mercader con pasos resueltos. Más tarde se vio así misma frente a frente con el tendero, con la mano puesta en un puño por si él se atrevía a contradecirla.

Ella no sabía con certeza que sucedería a continuación, pero una cosa era clara: estaba ciegamente dispuesta a defender su nombre, su reputación.

Es verdad que no era muy fuerte, que era una chica y que sufría de fuertes mareos por la desnutrición, pero nada de eso le importaba en ese instante. Nada de eso la detuvo.

Esperó su respuesta con la mirada fija en aquel rostro cereo lleno de espinillas. La grasa chorreaba por su frente como mantequilla en sartén caliente. El tendero tenía los labios muy finos, y los ojillos escondidos debajo de un mar de pliegues y arrugas. Dos mejillas regordetas temblaban cada vez que hablaba, y su cuello era casi inexistente.

El tendero le obsequió una sonrisa impudica.

—Bueno, pero si estás tan desesperada... —dijo, mirándole el busto—, podrías pagarme con otras atenciones.

Gaela respondió enseguida mostrándole el dedo del medio.

Aquel gesto hizo hervir la sangre del mercader, que como todo hombre mediocre rechazado por una mujer, relacionó la fuerte negativa de la joven con una imperdonable ofensa hacia su virilidad.

Se volvió hacia la estantería y le arrojó dos hogazas.

—¡Toma, putilla! —bramó, con las mejillas temblando de rabia—, ¡Y no vuelvas!

Y aunque no estaba pagando nada por aquellas hogazas —como pretendió desde el principio—, Gaela se adelantó al sujeto y lo encaró.

No menos colérica que él, gritó:

—¡Espero y te pudras pronto, Darren!

—¡Fuera de aquí, zafia, antes que de que llame a la guardia!

No le asustaban las amenazas del tendero, impulsadas por el desprecio a su hombría, pues era costumbre oír incluso cosas peores en el corazón del

mercado. Pero no quiso correr riesgos.

Cuando consiguió temprar toda opresión en su pecho, se alejó a zancadas de la zona. El crepúsculo estaba tan rojo como la sangre, y la noche estaba próxima a llegar.

A sabiendas de que llevaba oro en las manos, enseguida se dispuso a esconder las hogazas en la canastilla de mimbre que había traído en caso de que Darren aceptará su oferta. Con estas precauciones Gaela procuraba no llamar la atención de los ambulantes de calle, que olían lo ajeno a leguas y se ponían violentos si no te apiadabas de su desgracia.

Su destino era el hospital.

Anduvo distraída por la avenida. El hospital se hallaba cerca del mercado viejo. Bastaba con caminar media hora para encontrarlo, con su estructura herrumbrosa y rendijas pátinas y oxidadas, ¿hacía cuánto que no se le daba algún que otro mantenimiento? Al menos un centenar de enfermos traspasaba el umbral diariamente, moribundos y en muy malas condiciones.

Podría decirse que ella vivía ahí desde hace mucho. Nunca se alejaba del todo de esas instalaciones deplorables, pues su madre yacía en cama desde que empezó la epidemia por la peste blanca, y ningún esfuerzo o medicamento milagroso había conseguido levantarla de allí.

Eso dejaba a Gaela Eleonora en una situación de constante incertidumbre.

—Ya volví, mamá.

La habitación de su madre era la antepenúltima de una segunda planta acondicionada especialmente para los infectados por pralalba. Se encontraba a la izquierda de un corredor y contaba con una modesta ventana que presumía una bonita vista a la ciudad. Desde ahí, se veía incluso la Décima Escalinata, donde los paisajes eran los más atrayentes de todo el Ascenso.

Temiendo perturbar el descanso de su progenitora, Gaela anunció su regreso con un débil susurro, y apenas e hizo ruido cuando se adentró en la estancia caminando de puntillas.

Pues justo como sus vaticinios le auguraron, Esmeralda seguía dormida en la cama, plácida en aquel jergón de heno que habrá vencido hacía un año, y albergado el cuerpo de más de un difunto.

—Hogar, dulce hogar... —dejó la canastilla en la mesa y empezó a

preparar el baño.

Dentro de aquella habitación, flotaba un aroma como a rancio y a enfermedad. Nada que pudiera alarmarla al fin y al cabo. Nadie más que ella se encargaba de asear el piso y los muebles, que eran escasos, pero daban guerra al estarse apolillados.

Con suma paciencia, usó la palangana para limpiarse la transpiración del día. Se subió las mangas hasta los codos, y luego hundió sus dedos en el agua templada que ella misma había traído del pozo más cercano.

Una vez se hubo enjuagado las manos, utilizó un trapo para limpiarse la mugre que había quedado estancada entre sus dedos. Gaela se hallaba inmersa en sus pensamientos, tanto así, que apenas reparó en el incesante ruido que provenía del pasillo. «¿Habrán venido a robar de nuevo?», tal era la agitación que se escuchaba detrás de la puerta, que acabó creyendo que solo podía tratarse de algún reciente pillaje, muy común entre la zona.

«Aquí no hay nada que robar», pensó.

Con mirada extraviada, recorrió con sus ojos el lugar. Las paredes, vacías, grises, rezumaban humedad, y en cuanto al suelo... digamos que aún quedaban losas que pisar.

«Al menos estamos juntas», y lo más importante, era lo más cercano a un hogar. Gaela Eleonora no era capaz de irse a la cama en un ambiente tan gris, de modo que tan pronto entendió que aquellas cuatro paredes serían lo primero que vería al irse a la cama, decidió decorarlo a su gusto. No era la artista más aclamada del Ascenso, siquiera estaba cerca de ser reconocida, pero tenía carácter a la hora de embardunarse las manos con pinturas y ornatos. Con hojas de parra y filigrana había dibujado toda una pared de granito, y los artificias que había pintado a lo largo del techo se sentían verdaderamente llamativos y alegres, justo como pretendía.

Y habría continuado decorando aquella estancia que le robaba la juventud, sino fuera porque la pintura era costosa, y su tiempo, muy reducido.

Aferró sus manos en el paño, sintiendo en el proceso el anillo de bronce que hace unas horas estuvo a punto de entregar por un pedazo de pan. Agradecía todavía tenerlo consigo, pero en el interior se avergonzaba por haberlo ofrecido tan fácilmente.

«No tenía derecho», pero se habría deshecho de él si otra suerte tuviera.

Cuando terminó de lavarse, Gaela esperó a que el agua de la palangana se quietara para mirarse en ella. La imagen que proyectó aquel espejo transparente, aún ondulante, fue la de una mujer morena, de mejillas

hundidas, cuyos cabellos se erizaban ante su tacto como si estuvieran llenos de estática. Tenía los labios morados por el frío, y los ojos sombríos y apagados. No era hermosa. Sus rizos eran entre cenicientos y castaños, desprovistos de todo brillo por falta de cuidado. El tendero había tenido razón en algo: con ese aspecto no inspiraba mucha confianza.

Permaneció unos instantes mirando aquel rostro en el agua, sereno, en calma, a la espera de cualquier dicha para esbozar la más pura de las sonrisas. Aquel era el rostro de una mujer sana, de edad incierta. Gaela tenía motivos para creer que había llegado a la adultez, que llevaba más tiempo de lo que recordaba en ese mundo y que de tener consciencia de su edad, sería tan antigua como el vestido que llevaba puesto.

Sonrió y se volvió hacia su madre.

—Es hora de cenar —dijo en voz alta, como si su madre pudiera oírla dormida.

Preparó la mesa con un mantel raído en los bordes, y más tarde lo adornó con las macetas de la ventana y un torcido candelabro que alumbraba lánguido aquel cuarto sumido en penumbras. Una vez dió el primer mordisco a su cena, supo enseguida que algo había mal en ella.

La hogaza de pan tenía un peculiar sabor a chiripas. Y los costados ligeramente cubiertos por una pelusa de moho.

Así que no le había ganado nada a aquel tendero de cuarta que ahora mismo debía de estarse riendo de ella a carcajadas.

Lo maldijo toda la tarde.

Capítulo 3

Mala fortuna

Lo peor de la pralalba era que resultaba imposible saber si vivirías. Era impredecible, tenaz, carcomía los huesos y empequeñecía el alma. Cada temporada salían al mercado milagrosas medicinas que prometían desinflamar los pulmones, disminuir la tos áspera que retenía fluidos, y combatir la fiebre delirante que conducía a la muerte.

Un suplicio que muchos comparaban con ser pinchado por agujas.

El nosocomio, servicio público desde los tiempos de Anshem el Justo, prestaba atención médica a sus pacientes. Parte de su responsabilidad recaía en garantizar a los enfermos la mejor calidad posible como la facilitación de insumos al menor costo, pero para la pralalba, o peste blanca, se requerían fármacos que superaban el valor de coronas de bronce.

Con insumos tan inaccesibles, pronto la vida comenzó a tener precio para todo aquel que sucumbiera a la enfermedad. Gran parte de los contagiados se alojaba dentro de uno de estos precarios refugios, con la esperanza de ser atendido tal cual las leyes dictaban, pero ni así se garantizaba su recuperación total.

Cosa que la mayoría ignoraba era que los hospitales se encontraban —al igual que el campesinado y los molinos—, descuidados por la Corona, que enviaban insumos que no abastecía la demanda, y de vez en cuando se desligaba de sus obligaciones para centrarse en inversiones más bien personales, como la explotación de minas, la adquisición de bancos en bancarrota, o alguna expropiación de señores rebeldes, y por supuesto, la mano de obra extranjera, que producía más por menos y no se codeaba de lujos como los holgazanes lugareños, y mantenía la boca cerrada por miedo a ser deportados.

Las consecuencias de estos ambiciosos proyectos se reflejaban en la estructura de los servicios públicos, cuyos maderajes tableteaban con la brisa, y los pisos rotos servían de camas a los enfermos.

Pese a las malas condiciones, la escases de recursos, y el ambiente deplorable e inseguro, Gaela daba las gracias por haber sido recibida con los brazos abiertos, y no repudiada o rechazada como sucedía muy a menudo cuando la comunidad no tenía tiempo para cuidar de otro

enfermo.

«Eres afortunada —le decía su fuero interno—, gracias a estas personas la voluntad de tu madre sigue intacta».

Pero cuando el pobre lava, llueve.

—¡Pequeña holgazana, despierta!

Una enfermera, joven, atractiva, no desconocida para ella, la zarandó por los hombros.

—¿Eh? —masculló para sus adentros.

¿En qué momento se había quedado dormida?

Abrió sus ojos con lentitud, se giró hacia la ventana y comprobó, que efectivamente, había estado dormitando por un buen rato. Los colores cálidos de la tarde se asomaban tímidos por el postigo, derramándose sutilmente por la pieza.

—¡Espabila, niña!

La mujer intentó no hacer ruido, pero comenzaba a desesperarse, de un sopetón, estampó dos sonoros bofetones en las mejillas de la muchacha.

Gaela crispó sus ojos de inmediato.

—¡Parad! ¡Ya desperté! —Balbuceó, todavía hallándose en un estado de ingravidez—, ¿Qué mosquito te ha picado esta vez, que importunas mi sueño? ¿No tienes respeto por el prójimo? Espero y tengas una buena excusa.

—Razones te harán falta a ti para salir de aquí, chiquilla...

Entre refunfuños, Shyla ayudó a Gaela a levantarse, y luego ambas echaron a andar hacia la puerta, intentando no despertar a Esmeralda.

Ya en la sala común, Gaela pidió respuestas por tal rústico trato.

—He venido en cuanto lo supe... —dijo la enfermera mientras Gaela se limpiaba un poco de saliva de la barbilla—. Vamos, granuja, que estás metida en un gran lío, a ver cómo sales de esto...

—¿Qué me estás queriendo decir? ¡Si yo no he hecho nada! —Se defendió, Shyla levantó las manos, como si quisiera estrangularla—, en cambio has sido vos quien ha venido a abofetearme. ¿Sabes que les hacen en las

mazmorras a los agresores?

—¿Qué les hacen?

La enfermera se cruzó de brazos.

—Pues a saber. ¡Por qué yo no tengo idea! En realidad, esperaba que tú me lo dijeras, pero no debe ser nada bueno ¿eh? Así que vete con cuidado...

—¡Venga, Gaela! ¿Pero qué estupideces estás diciendo? He venido porque me he enterado de algo, algo que les concierne a vuestra madre y a ti. ¿Qué no es un acto muy noble de mi parte? Deberías agradecerme, granuja —y poniéndose más seria, añade—. Es importante que lo sepáis de una vez, que no te caiga de sorpresa.

—¿Qué no me caiga de sorpresa qué?

Shyla contuvo el aliento por un segundo.

—No habrá insumos para la pralalba los próximos tres meses... —esperó una respuesta, pero no llegó, Eleonora se hizo la desentendida—, ¿lo has pillado ya? —Añadió con preocupación—. No hay un motivo en concreto, solo se ha confirmado que se detendrá la producción de los medicamentos por un tiempo, esta información hasta ahora solo lo saben los directores de los hospitales, yo me he enterado por un pelito, verás, justamente iba entrando a la oficina del señor Aitor, que sabes bien que me tiene para los mandados... —hizo un gesto extraño, como de fastidio—, cuando de milagro le he escuchado decírselo a los curanderos ¿comprendes la suerte que tienes?

—¿Suerte? —barboteó—. ¿Me dices que no hay insumos y es porque tengo suerte?

—¿No lo captaste todavía? —Shyla se llevó ambas manos a su sien—. ¡So boba! ¡Debéis salir ya mismo a resolver por vuestra cuenta el problema! Esmeralda necesita los medicamentos con mucha urgencia, depende de ellos para estabilizarse, si no se le medica con frecuencia la enfermedad se apoderara de ella... Y si no los consigues a tiempo...

—Oh, dios mío, no me digas eso... —ladeó la cabeza en señal de negación, de pronto, sintió que su cuerpo pesaba demasiado.

Temiendo un incidente, la enfermera le sujetó por los hombros y trató de estabilizarla.

Sabía que la noticia le sorprendería, pero habría sido aún peor no

decírselo.

—Gaela —la llamó la enfermera—. ¿Estás bien?

No, no lo estaba. El aire parecía escasear de sus pulmones y la temperatura de su cuerpo aumentaba conforme su cerebro procesaba palabra tras palabra, desastre tras desastre.

Sin medicinas por tres meses. ¿Cómo lo haría...? ¿cómo podría?

Se dejó caer sobre un banco de madera vieja.

Asimiló a profundidad todo lo que conllevaba que su madre fuera desprovista de los insumos que tan buenos resultados le habían traído. Mientras pensaba en cómo ayudarla, y en cómo afrontar la situación, se miraba consternada las puntas de los zapatos, claveteadas en molde, curtidas por el lodo, y raídas por el centro.

Cuando caminaba, Gaela podía sentir el relieve del suelo, la suela desgastarse como migajas.

Su pecho se comprimió ante la perspectiva del dolor.

—Tranquila. Todo estará bien...

Pero Gaela no quería oír falsas conmisericordias.

Los enfermeros estaban capacitados para decir palabras bonitas a los familiares desconsolados. Para calmar angustias y manejar las malas noticias. Gaela no ameritaba el consuelo de nadie. Y menos, palabras bonitas.

Ameritaba dinero.

—Lo siento —murmuró Shyla, colocando una mano sobre su hombro con tal de reconfortarla.

Pero ella, conservando la entereza, tuvo la fuerza suficiente para esbozar la huella de una frágil sonrisa.

—¿Hoy recibirá la medicina? —preguntó ronca. La voz rasposa y distraída por los apresurados cálculos que estallan dentro de su cabeza.

Shyla asintió.

—Sólo por esta semana...

—Bien —apretó los labios—, me las apañaré como pueda, entonces.

—Gaela —la enfermera estiró su mano a la mejilla pálida de la muchacha. Gaela parpadeó—. Tal vez pueda ayudar. Tengo dinero guardado en casa que...

Pero enseguida retiró el contacto de su rostro.

—Quédatelo. Es tuyo. Tú te lo ganaste.

Jamás se le pasaría por la mente robarle a alguien, menos a Shyla.

—Te lo estoy ofreciendo... no es mucho, pero servirá.

—Creo que puedo conseguirlo por mis propios méritos.

A Shyla ya le debía bastante dinero, quitarle un centavo más era abusar de su gentileza. Además, la enfermera tenía sus propias obligaciones en casa, y Gaela podía valerse por sí misma.

No quería saber nada de limosnas.

Cuando le regresó la lucidez, comprendió que era mejor irse, se despidió de Shyla pese a sus esfuerzos por persuadirla y se alejó a zancadas del refugio.

A esta hora, después del ocaso, resultaba muy probable que Esmeralda estuviera despierta.

Se imaginaba la escena; su madre, cuán fuerte era ella, levantándose de la camilla con entereza, esbozando su mejor sonrisa y sus ojos mieles destilando una dulzura tal, capaz de ablandar hasta la mismísima muerte.

Su progenitora le buscaría con la mirada y se decepcionará al no encontrarla, buscando consuelo en Shyla, su mejor amiga y enfermera personal. Ella le diría que Gaela tuvo un contratiempo, que vino pero tuvo que irse, se inventaría una increíble y muy planeada excusa y esta le creería porque otra opción no había.

La mentira sonaba mejor que la verdad.

Recopilemos...

Si el nosocomio no iba a proporcionar los insumos básicos para los infestados por la peste blanca durante tres meses... Eso significaba que los parientes tendrían que apañárselas solos; quién diablos sabe cómo,

porque todos eran de bajos recursos.

Eleonora los había visto a todos.

No había grandes señores ni importantes comerciantes: solo gente humilde y buena. Gente que no estaba enterada de lo que ella sabía. Personas que tenían hartos meses luchando por su vida y que tal vez morirían en unos cuantos meses, ¿y quién se responsabilizaba por tantas pérdidas?

Nadie.

Se dirigió a Prado del Este, la plaza no cerraba hasta después de las ocho y aún era temprano, tenía chance para pasarse por aquí y por allá. Preguntar por algún trabajo honrado en algún local y quizá, si le sobraba tiempo, pasar como quien no quiere la cosa por el negocio de los padres de Bee; interpelar a su desdeñosa madre Larissa y decirle, que si por casualidades del azar, no necesitaba ella una empleada en su local.

No debía perder la calma: ella podía manejar la situación siempre y cuando no se exasperara.

Gaela no se dejaría gobernar por los nervios, algo se le ocurriría con los días. No era la primera vez que trabajaba, tampoco la primera piedra que se cruzaba en su camino.

Ella podía, sí...

Gaela era fortísima de voluntad, rara vez flaqueaba, rara vez se rendía, pues no había llegado a la adultez sin haberse ensuciado las manos primero.

Una cosa que nunca le faltaba a su persona era el ingenio para arreglárselas sola.

Favorable cualidad que las doncellas de su condición desarrollaban con los años al estarse siempre expuestas a la adversidad, a obedecer sin replicar y a trabajar muy duro para llevarse un bocado a la boca.

Así era la vida en la Ciudadela, despiadada, fría y realista. Los cuentos de hadas eran para los trovadores, y con todo y eso, al final del día eran ellos quienes más pedían limosna por un cuento mal contado.

Preguntó en todos los negocios, sin embargo, en ninguno percibió esperanza alguna de que le aceptarían.

Suspiró.

Es muy difícil en estos tiempos tan lúgubres conseguir algún empleo digno, donde la carencia es la papilla de todas las mañanas, y la angustia, la enemiga de todas las madres.

No se desanimó por la falta de buenas noticias; al contrario, se motivó a sí misma y se convenció de que mañana le iría mejor. Mañana tendría desde el amanecer hasta el sol poniente. Mañana tendría miles de oportunidades, solo era cuestión de tener las ganas de buscar, y de esperar.

Capítulo 4

Una perra malagradecida

Con este reciente consuelo se dirigió con mejor precisión a la perfumería del Alba. Sus manos giraban ya el pomo del local cuando en su rostro se dibujó una fugaz conmoción. Bee se hallaba en el mostrador, etiquetando frascos y especias, y guardándolos en el sitio donde correspondían.

¿Desde cuándo trabajaba ella en el local de sus padres?

Se detuvo en el umbral.

Había pasado tiempo, quizá más de una temporada, desde que Gaela visitó por iniciativa propia a la joven doncella que, con gesto soñador, registraba las últimas ganancias del día.

«No debería estar aquí —pensó—, no después de lo que he hecho», más por pena que por falta de tiempo, había estado evadiendo efusivamente la compañía de una vieja amiga que, consciente de su condición, intentó animarla con alegres paseos e invitaciones a cenar.

Y que ella había rechazado a la menor ocasión.

«La última carta que envió todavía espera en el buzón, con el sello intacto», se mordió el labio. Su comportamiento era tan reprehensible como imperdonable. Bee no desistió fácilmente. Cuando la correspondencia se detuvo, de un día a otro, mandó un lacayo a la Novena, que pronto regresó a la mansión portando malas noticias. «La señorita Gaela —los lacayos la llamaban señorita delante de Bee, y arimada a sus espaldas—, se encuentra adoleciendo de un mal pernicioso, y amerita descanso». Un mal pernicioso, no desconocido, que los pobres padecen a menudo, y cuyos síntomas se reconocen a la vista.

Con el fin de no molestar a sus amistades, Gaela se distanció de ellos sin el menor remordimiento, y tanto Bee cómo demás personajes respetaron su silencio. Pero, ahora que se encontraba frente a frente con aquel rostro conocido, pensó en lo mucho que se había equivocado.

De pronto, Bee reparó en su presencia.

—Qué insolencia la vuestra —dijo en un tono singular—. ¡Apareceros por aquí después de tanto!

Parada en la entrada del umbral, Gaela tuvo la sensación que su estómago se contraía al oír tales acusaciones, pero aún así se obligó así misma a caminar hacia el mostrador.

Con la cabeza baja y las manos hundidas en las mangas del vestido, Gaela avanzó lentamente por el recinto, consciente de que en cualquier momento podría ser echada a la calle sin la menor vacilación.

Cuando llegó al mostrador, Bee le echó un breve vistazo a su indumentaria y luego se volvió a entregar a sus tareas.

—¿Qué necesitas? —preguntó, sin apartar la mirada de las monedas que apilaba tan absortamente.

Gaela advirtió enseguida el timbre glacial en su voz. «Es momento de dar la cara».

Enseguida, puso ambas manos sobre la mesa.

—Esperaba poder hablar contigo.

Ella alzó la mirada. Sus ojos ardían en un mar de llamas salvajes.

—Adelante, te escucho.

Por la forma en que Bee se expresaba, como si estuviera confrontando a un amante descarriado, Gaela tuvo la impresión que no saldría victoriosa de aquella entrevista. Preparó sus disculpas.

—A la mierda tus disculpas —intervino Bee, apenas le oyó decir la célebre frase «no te había escrito porque...»—, ¿Que queréis de mí?

—Caminaba por la plaza y...

—De pronto te acordaste que me habéis dejado plantado durante casi tres meses, ¿Es eso?

—Algo así —reconoció—, aunque deseaba que no lo sacarás a relucir tan deprisa.

—¿Por qué? ¿Acaso hiero tu orgullo?

—Eso fue cruel.

—Lo que hiciste también lo fue.

Acogió el reproche en silencio. Era estúpido de su parte intentar justificar

su ausencia. Había fallado, debía reconocerlo.

Abordó la situación con la mejor madurez posible.

—Quise venir a verte, lo juro —agachó aún más la cabeza—, pero temía sumergirte en mis problemas. Cada mañana me despertaba con la intención de ir a buscarte, de responder tus cartas, pero me contenía, pues de haberlo hecho Bee, te habría contagiado mi tristeza. Decid lo que quieras de mí, que actué con egoísmo, que soy una ingrata que menosprecia vuestras atenciones, pero quería ahorrarte el malestar con el que he cargado cada día de mi vida desde mi madre fue internada, y de eso no puedo ser considerada culpable.

Debió haber dejado entrever algo irónico en aquel comentario, porque ella arqueó los labios con tal cinismo, con tal determinación, que su rostro pronto adquirió un matiz feroz.

—No habría insistido tanto si no me creyera capaz de aguantarlo todo por vos —Bee le lanzó una mirada arrolladora—, habría soportado todo el peso, todo el conflicto, si eso os dejaba a ti con la consciencia en paz.

Eso la descolocó enseguida. De haber sabido que tendría que dar tantas explicaciones, encima a una mujer, para empezar ni habría venido. Gaela tragó saliva y se preparó para responder.

—Bien, tú ganas, soy una amiga de mierda, con un comportamiento de mierda ¿Estás satisfecha?

—No quise decir...

—Ahórratelo.

Y durante un instante, le pareció un desatino haberse lanzado tan deprisa a los brazos de Isabella. No debió haber venido. Resultaba un sacrilegio que, luego de tantas excusas y efusivas por su parte, fuera ella quien volviera llorando al sostén de su mejor amiga.

Resignada al fracaso, se dió la vuelta y caminó hacia la salida. Estuvo a nada de cruzar el umbral que la separaba del local cuando Isabella la llamó a sus espaldas.

Gaela la miró por encima del hombro.

—Hace frío allá afuera —dijo Bee, afable—, si salís ahora, pescaras un resfriado. Por favor, calientate en la chimenea todo lo que quieras.

Y con una seña, la invitaba a acercarse hacia la chimenea, dónde un fuego

ardía moribundo sobre un manto de hollín.

Gaela vaciló.

—Adelante —insistió la mercader—, podéis quedarte conmigo hasta que cierre. ¿O es que ya no somos amigas?

—Siempre —jadeó con voz defectuosa.

Sin mediar palabra, Gaela caminó hacia la chimenea, con una timidez impropia que de inmediato causó ternura a la menor de las muchachas.

—Te traeré algo de beber —dijo Bee, con una sonrisa angelical en los labios—, ¡Estás tan pálida!

Bee se perdió en la trastienda por varios minutos. Cuando salió, Gaela se encontraba de rodillas frente al fuego, con el cabello húmedo por la tempestad batiente, los flecos castaños pegados a su febril frente, y un gorro de lana aterido por el frío. La mercader le tendió un cubilete que despedía un agradable aroma a hierba fresca.

—Es tisana con miel —le aclaró, ante su vacilación—, te ayudará.

Los ojos de Bee brillaban llenos de esperanza, sin embargo, estaban ensombrecidos por un reciente desamor. Gaela recibió el cubilete, dubitativa. No había prestado oído a los rumores. Pero aquella mirada, aunque a fuerza aparentara ser la misma de siempre, parecía compuesta desde la resignación.

Un deje de culpa la invadió.

No estaba al corriente de su vida, o cómo había lidiado con el dolor, cosa que empeoraba mucho más su visita.

Su aislamiento, las distancias que había construido entre ambas, le habían inducido a pensar que conservarían la tranquilidad de su amiga, al alejarla de todo mal. Ahora creía que se había equivocado al apartar a Bee.

—Lo siento —dijo al fin, con la voz entrecortada—, debí haber estado ahí. ¿Qué puedo hacer para merecer tu perdón?

Bee miró compasiva a aquella andrajosa mujer que con todo su esfuerzo buscaba contener las lágrimas. Si guardaba un resentimiento por ello, no lo sacó a colación. Sonrió y le invitó a calentarse.

—Me creéis débil, pero te equivocas —fue todo lo que mencionó—, igual

que vos, estoy hecha desde la entereza.

—Sin embargo, te ves desolada.

Bee solo sonrió.

—No hablemos del pasado, Gaela, cuando el presente es tan alentador. Me alegra que hayas vuelto.

El despacho estaba impregnado de una fragancia dulzona que provenía de unas velas aromáticas. Gaela inhaló varias veces el perfume, con las manos puestas al fuego.

De cara a las llamas, se frotaba con ansias los dedos morenos, buscando embriagarse de calor.

La perfumería del Alba era un negocio próspero en Prado del Este; el padre de Bee, cuán disciplinario siempre resultó con el trabajo, generó una suma lo bastante gorda los últimos veinticinco años laborando como diablo en un austero local de repujados y metales preciosos, consiguiendo así reunir suficientes puños dorados como para comenzar su propia marca de néctares y fragancias: un éxito que brilló desde su inauguración.

—Tenía un palpito de que te vería pronto —confesó la mercader, mientras recogía las ganancias del día.

Gaela bebió del cubilete. El vapor que manaba de la bebida ablandó sus fluidos nasales.

—¿Qué hacéis tan tarde por estos lados? —prosiguió la mercader, contemplandola desde el otro extremo—, vaya que te gusta perderte. ¿Estás casada ya? ¿Tenéis hijos que atender?

Bee era una gran entusiasta para las conversaciones. Se le daban de forma natural y muy fácil. Ella no pensaba sus palabras; las decía. Sus facciones eran dóciles, ideales para la manipulación y el chantaje.

Decían los hombres que era la criatura más hermosa que alguna vez hubiera pisado este reino.

—Veo con preocupación que te has desatendido de ti misma, que habéis desterrado al maquillaje de tu rostro y olvidado como sonreír.

Gaela, que previa una cantinela como esa, bebió sin prisa otro sorbo de su cubilete.

De la misma forma que Bee le había recriminado su ausencia, ahora la perdonaba y confiaba una vez más sus confidencias, relajó sus miembros.

Las luces movedizas de las llamas brillaban rojizas sobre sus hombros.

Finalmente se instó a responder:

—No he venido porque he estado muy ocupada regalándole mi virtud a un madurito de la Octava Escalinata, locuela —dijo con un guiño—, entenderás que no puedo dejarle así como así, sobre todo porque tiene una virilidad afrodisíaca que me hace olvidarme hasta de mi nombre...

Las mejillas de Bee se pusieron febriles por el morbo.

—Siempre lo he dicho; eres una mujer egoísta por naturaleza —sus ojos resplandecían ante semejantes confidencias—, ¿Cuándo me lo ibas a presentar? ¡Nunca me dices nada!

Gaela sonrió.

—¡Te lo presentaría si de verdad existiese! —Bufó—. ¿En serio te has tragado semejante disparate? ¡Tan inocente, tan tonta! ¡Mirad que relacionarme con los hombres no se me da! Simplemente no ocurre la oportunidad, ya te lo he dicho, yo no soy como tú; de mí nadie se enamora.

—¡Qué cruel eres, Gaela! —Hizo un pequeño mohín—. ¿Por qué juegas con mis sentimientos? Sabes que me emociono muy rápido.

—Ese es tu problema, Bee, eres muy fácil de engañar —y con un tono más serio, casi maternal, añade—. ¿Cuándo vas a madurar?

—¿Es qué no has visto las noticias? —Dijo pizpireta—: madurar es para las frutas y yo soy una persona. ¿Cuál es el problema de creerse todo a la primera? Prefiero ser el ilusionado que el ilusionista, a veces resulta mejor no preguntarse todo lo que nos pasa, disfrutas más la vida de esa forma, os lo digo yo, aunque sé que nunca te tomas en serio mis consejos.

Gaela suspiró. Ella de verdad profesaba lo que decía; no era una mujer todavía, era una adolescente. Intentó reprochar su conducta fantasiosa, pero enseguida supo que perdería su tiempo.

El reproche no salió de su garganta.

¿Cuándo iré a crecer este abejorro?

—Es increíble, pero tú no tienes solución —se rindió Gaela, fingiendo molestarte.

Cabe mencionar, que pese a las diferencias económicas y sociales que saltan a la vista entre ambos personajes, estas han sido mejores amigas

desde la infancia. Su amistad nació de un ensayo que Gaela puso a prueba una tarde en modo de agradar a la nueva vecina de la barriada.

Para ese tiempo, los del Alba aún eran una familia modesta que se instalaba en la Novena Escalinata, justo al frente de la casa de ladrillos de Esmeralda.

El encuentro de los infantes fue inevitable; todos querían conocer a los críos de Larissa y Hidan del Alba, que para ese entonces, el rumor de que eran los bebés más hermosos de toda la Ciudadela estaba aún de boca en boca entre los grandes señores y madres envidiosas.

Eleonora quería conseguir en aquella niña de piel pálida lo que no había podido conseguir con ningún otro jovenzuelo del barrio: una amistad.

Podría decirse que logró su cometido, pero no a la primera.

—Debemos irnos —dijo Bee, sacando las ganancias del día de un cajoncito—. Es tardísimo y debemos regresar a casa —los labios de Gaela se abrieron un poco—. Y antes de que lo digas... ¡Que te conozco bien! Vendrás a cenar con mi familia y te quedarás a dormir, y eso no tiene discusiones.

—En vista de que me estás llevando en contra de mi voluntad... me veo entonces en la obligación de agradeceros vuestra hospitalidad.

—¡Ah, pero qué dramática te has vuelto! —Chilló, entrecerrando los ojos—. ¿Es que tenías otros planes? —Eleonora negó—, ¿Ya ves? Es mejor que vengas a cenar con nosotros, vuestra casa está vacía y Esmeralda se encuentra en el hospital, ¿Por qué cohibirte de las amistades y un buen vino especiado? Lo has hecho bastante bien desde que le diagnosticaron, no me cabe duda, pero no tienes porque alejarte de quienes te estiman. Oh, Gaela, ¿Hace cuánto no pensáis en ti misma?

Las palabras de Beatriz le consternaron un poco, sobre todo porque no podía recordar la última vez que había obrado acorde a sus necesidades.

—¿Ves? Te estás volviendo un cascarón vacío con todas esas preocupaciones y pensamientos destructivos, ¡No pienso permitirlo! Vamos, ¡Estoy segura que mereces algo mejor que esto!

—¿Qué puedo merecer, Bee? —dijo con cansancio, la mirada fija en las llamas que requemaban las ascuas de la chimenea—, las personas como yo, olvidadas por los dioses, apenas y recuerdan como soñar.

Los vibrantes ojos de la muchacha le escanearon.

—¡Eso solo lo sabes tú! —Respondió, hinchada de júbilo—. Mientras más rápido os convenzas de esto, tanto mejor.

Pero Gaela rodó los ojos y soltó un pequeño bufido... las palabras de Beatriz, su actitud infantil, siempre tan distorsionada con la realidad, con el mundo que la rodeaba, resultaban odiosas de vez en cuando.

Bee la agarró por el brazo. Ella se enderezó lentamente.

—Ya llegó el carruaje —avisó Bee, mientras la ayudaba a incorporarse—, será mejor que guardemos todo cuanto antes y nos larguemos.

El dúo cierra el negocio, corren los cerrojos y se encaminan hacia el opulento carruaje color café escoltado por un caballero de baja estatura.

La noche había caído sobre las callejuelas, y el frío comenzaba a propagarse por toda la Ciudadela. Heladas corrientes de viento arremetían con fiereza por las callejas haciendo volar la basura.

En la carroza, Bee se cubría con una gruesa manta de lana basta mientras Gaela se hacía un ovillo en la tersa y friolenta piel de la muchacha, que desprendía un agradable olor a espliego y a agua de rosas.

Gaela se permitió descansar en aquel hombro conocido.

—¿Cómo está Esmeralda? —dijo Isabella en un susurro solemne.

Al principio, temió que la muchacha se hubiera quedado dormida acunada entre sus brazos.

Sus miembros se relajaron cuando la sintió removerse entre sus brazos.

—Está mejorando... —otro murmullo, aunque bastante audible. Bee hizo un gesto maternal; conocía muy bien a Esmeralda, era como otra madre para ella, y comprendía la situación en la que se encontraba Gaela—. Pero...

—¿Pero? —Alzó una de sus cejas y escudriñó el rostro de su mejor amiga, captando de inmediato una pizca de tristeza en su mirada—. ¿Qué ha pasado, Gaela? ¿Algo no está bien en el hospital?

—Me gustaría mentirte —dijo con pesar, encogiéndose sobre su asiento—, pero me es imposible cuando se trata de ti. Sé que debo parecerte una mala amiga y lo creerás aún más cuando te diga la razón de porqué me he pasado por vuestro negocio hoy y no antes... —y tras una pausa, añade—, necesito hablar con Larissa, ¿crees que pueda verla esta noche?

—¿Eh? —Beatriz está confundida—. ¿Qué asuntos tienes con mi madre?

—Ninguno, hasta el momento... —y dedicándole una mirada suplicante, agrega—. Pero necesito trabajar. Lo necesito con bastante urgencia, Bee. ¿No están solicitando un empleado en vuestro local? En lo que sea, sabes que no me importa ensuciarme las manos, pero el dinero..., el dinero lo necesito.

—Si necesitas dinero, yo puedo prestarte. ¿Es para tu madre, no? Yo puedo ayudarte, sabes que lo haré sin titubeos, pues a mí siempre puedes acudir, y sin embargo, nunca lo haces.

«Oh, no, no otra vez la caridad».

—No lo hago porque esa no es tu obligación... —dijo, ocultando su rostro en el hombro de Isabella—. Sé que quieres ayudarme pero, no Bee, no tienes por qué resolverme la vida: esto debo hacerlo sola. Si en verdad quieres hacer algo por mí consígueme un empleo; en lo que sea, no me quejaré —levanta ambas manos, exhibiendo sus largos dedos y palmas reseca—. ¿Ves estas manos de aquí? Pueden con todo lo que se les atraviere, y más.

—Estoy segura de que sí. Eres una chica tan fuerte... —Susurró con admiración y en un tono más sombrío, casi con vergüenza, alega—. En estos momentos no estamos necesitando personal, pero aun así me encargaré de hablar con Larissa, mi madre conoce toda la plaza, estoy segura de que os conseguirá algo muy pronto.

Ojalá Bee no se estuviera equivocando, pensó Gaela, cerrando los ojos.

Los del Alba ya no se situaban en la Novena Escalinata, como antes se hubo mencionado; estos se habían mudado apenas vieron los frutos de su empresa, adquiriendo a su vez un imperioso palacete en la Décima, donde acostumbraban a morar las personas más acomodadas e incluso caballeros de la prestigiosa Guardia Real.

Era una barriada colorida, con alamedas, endrinos y palomares en torno a los jardines que arrullaban las mañanas con cánticos matinales.

Al hallarse en la principal calle de la Décima, no tardaron en divisar a varios niños entretenidos en sus actividades lúdicas, gritando y corriendo por toda el área.

Marco fue el primero en verlas llegar.

Salió despavorido de la estancia para recibir a aquel conocido par que

tantos años le había impuesto su tormentosa presencia.

—¡Padre! —Llamó a su progenitor desde la acera, sin embargo, este no lo oyó—. ¿Has pedido meretrices? ¡Porque aquí os han llegado dos! Y no precisamente bonitas, eh, son tan feas e insípidas como una patada en las pelotas.

—¡Marco! —Le regañó Bee, desde el carruaje.

—Qué gusto volver a verte, Marco —le saludó Gaela, ignorando los comentarios despectivos.

El muchacho se inclinó hacia ella y se sonrojó levemente. Cuando la veía se le reiniciaban hasta los malos chistes.

—¡Venga, pero a este le ha comido la lengua el gato! —Se metió Isabella, burlona—. No dirás ahora que seguís colado por Gaela todavía, es muy grande para ti hermanito, ya te lo he dicho, también muy superior como para rebajarse a una granujilla como tú.

—No perderé las esperanzas. —se empeñó, guiñándole un ojo a la mencionada.

Gaela se sonrojó. Era inevitable.

Marco podrá ser solo un crío de dieciséis años, pero era más alto que ambas mujeres y también muy rubio; sus largos rizos plateados rebotaban sobre su frente, cayéndole con delicadeza por su rostro como un perfecto Wieland, sus orbes, iguales a los de su hermana, eran tan azules que dejaban sin aliento.

Y si no fuera por qué a simple vista ella parecía muchísimo mayor, Gaela quizá habría tomado en serio sus patéticos intentos de conquistarla en el ámbito romántico.

—Vamos, madre nos está esperando para cenar —y jalando del brazo a Gaela, se adentraron a la vivienda.

Y bien, Gaela nunca había estado en ninguna casa acomodada y lujosa de ningún lord, joven señor o líder de una fortaleza poderosísima, pero creía firmemente que debían ser iguales a la mansión del Alba; despampanante, luminosa y bulliciosa, con todos aquellos detallitos y banalidades que la gente con mucha plata y molición adquiere con los años tan solo para evidenciar su supremacía en la sociedad.

Cenó con la familia del Alba como si fuese suya.

La madre de Bee sirvió estofado de verduras y carne de ternero que todos devoraron hambrientos a excepción de la misma Beatriz, a quien su madre mantenía en una dieta estricta desde sus doce años y le media los platillos y meriendas con ojo de hormiga.

«¿A quién le vas a gustar si no cierras el pico?» le oyó decir a Larissa a su propia hija. Isabella asentía sin quejas, acostumbrada al régimen de su progenitora.

Gaela, en medio del banquete, perdió el apetito. Observó la mesa entristecida, todos los platillos que se hallaban al alcance de su mano. Probó el ternero, masticó las legumbres, y recordó cuánta hambre no pasaban aquellos que no corrían con la misma suerte. Cuánto defortunio no experimentaban. Cuánta incertidumbre. Ella misma había estado a un suspiro de irse a dormir con el estómago vacío.

—Ven conmigo —le dijo Bee cuando terminaron de comer—. Quiero mostrarte algo.

Ella asintió, se limpió la grasa de los labios con una servilleta y se puso en pie.

Capítulo 5

Los sueños

—No sabes disimular —le dijo Bee mientras cerraba la puerta a sus espaldas—: eres como un libro abierto, Gaela.

—¿A qué te refieres? —preguntó ella, parada en el medio de la habitación.

Pero Beatriz, en vez de responder, pegó el oído a la puerta y no dijo nada hasta después de que las luces del pasillo fueron apagadas por las sirvientas.

En cuanto la mansión del Alba quedó sumida en penumbras, Bee se alejó de puntillas de la puerta y ocupó una silla frente a un tocador de mariposas de alabastro.

—Busca asiento —le invitó ella, con las mejillas encendidas por el vino.

Pero Gaela se retorció las manos y se quedó plantada entre un tabique de la cama y un arcón de endrino incrustado de topacios.

Esta era la habitación de Isabella, y como era de esperar, había brillo y colores pasteles por todas partes. No había rastro de seriedad a la alcance.

Bee se quitó las zapatillas y desplegó su cuerpo en el mullido taburete de terciopelo blanco, más tarde ronroneó como una gata.

—Ah, estoy tan agotada... —suspiró—, esta mañana ha sido tan agobiante... —clavó la mirada en la pared, ensimismada—, verás, Ela, creo que una parte remota de mi podría empezar a odiar a la gente si continuase recibiendo clientes tan groseros cómo los que atendí el día de hoy...

—¿Tuviste un día difícil? —inquirió Gaela, acomodándose en el borde de la cama.

No era la primera vez que visitaba la habitación de Bee, pero justo hoy, después de aquel chapuzón en el hospital, se sentía como una singular advenediza.

Este no era su mundo, lo sabía, pero no le importaba.

Bee dejó escapar una risita cruel.

—Oh, Gaela, seguro que mis problemas te parecerán tontos...

—No —se apresuró a negar con la cabeza—. Para nada.

Pero Bee le lanzó un diminuto cojín de seda que reposaba en el tocador.

—¡Mentirosa! ¡Ah, qué hipócrita eres!

Si el comentario hubiese venido de otra persona, quizá Gaela se habría ofendido muchísimo. Pero las palabras habían salido de la boca malvada de Bee, y como nada de lo que ella decía era normal entre las jovencitas de buena cuna, Gaela no le dio importancia.

—Sí, es probable que no tenga empatía —sorprendentemente, el comentario había provenído de Bee. Gaela abrió mucho los ojos—. Mírame, hablándote pestes de mi día cuando seguro tú la has de haber pasado peor. ¿Puedes perdonarme?

—No hay nada qué perdonar —dijo, las manos acostadas sobre su saya.

Beatriz continuó con su mirada clavada en el techo.

—Eres muy tierna —sonrió—, intentando comprenderme aún cuando tienes mejores cosas en las qué pensar. ¿Seguro qué no puedo hacer nada por ti? Me basta con ir al despacho de padre, buscar la llave de la caja fuerte escondida bajo la maceta de la campánula y...

Gaela carraspeó.

—No quiero dinero. Lo sabes. No me gusta mendigar.

—Está bien, está bien. Como vos digáis. Pero a mí sí me habría gustado quitarle su dinero. Lo habría disfrutado, ¿sabes? Sé que no me pertenece, qué tampoco he hecho el esfuerzo por ganarlo, pero, si es lo único que le das a tu familia, ¿Por qué negárselo ahora?

—Bee...

La diva se encogió de hombros.

—Es una situación delicada, ¿no? —alargó sus manos hacia el tocador y se concentró en un plumón de hebras rojizas—, digo, tu madre es muy

importante para ti. Yo en tu lugar... aceptaría el dinero.

—¿Y luego qué?

—... Luego me fugaría de la ciudad. Sí. Eso haría.

Habría reído de no ser porque el plan era pésimo por dónde se viera: si robaba al señor del Alba, más tarde toda la ley le caería encima. Pues la rapiña no llegaba muy lejos sin que la Corona le amputara las patas después.

Lo mejor era continuar con su plan actual.

—¿Y cuál es? —Se interesó Bee mientras se ponía de pie para quitarse su vestido de joven casadera. La tela cayó al suelo emitiendo un suave frufnú, y una chica de menos de diecisiete años quedó expuesta con nada más que unas medias virginales y una bata muy ceñida al cuerpo.

Gaela se tumbó en la cama, cogiendo confianza.

—Pienso subastarme —Tal vez Darren estaba en lo cierto—. Venderme al mejor postor. Sé que no soy señorita desde hace mucho pero...

—Ah, un título feo y viejo —Bee se desenredaba el pelo con las manos—. Totalmente denigrante. No creo que de verdad importe.

—Importa si requiero de oro y no de bronce —señaló.

Bee frunció el ceño.

—No importa lo que quieras, Ela. Da igual si te vendes por puños dorados o por coronas. No eres una puta.

—El término "cortesana" me gusta más.

—En ambas hay que abrirse de piernas. Y no te creo capaz.

—Sé lo que me voy a encontrar... —insistió Gaela, no era del todo cierto eso de venderse al mercado de mujeres, pero si el trabajo no llegaba pronto entonces... tendría que recurrir a los bajos fondos.

Era más fácil ser cortesana que una mujer honrada en el capitolio. Era más sencillo ceder a la presión social que labrarse un puesto en la ciudad. La gente de bajos recursos era, en su mayoría, embaucadora. ¿Por qué Gaela sería diferente?

—Porque eres orgullosa —replicó Bee—, y testaruda. Si no puedes tomar el dinero que te ofrezco por hacer nada, menos tendrías la audacia

necesaria para quitarte la ropa delante de un viejo gordo y peludo.

—¿Por qué estás tan segura que será un perverso y no una casa de Caricias? —Las casas de Caricias cobraban por entretener a los hombres con espectáculos lascivos. Y las mujeres no recibían tanto daño como en otras partes de Rathole.

—Nosotras no tenemos suerte, Gaela —había un brillo triste en sus ojos—, a nosotras nos usan como muñecas, y luego nos desechan...

Reprimió el impulso de preguntarle cómo era que había llegado a esa conclusión. Ella, que todo lo tenía, y los pretendientes no menguaban nunca dentro de su círculo social.

El último enamorado había pisado el palacete del Alba hace un mes, pero se había marchado muy deprisa por presunto deshonor a la familia. Isabella no hablaba mucho del tema. Creo que le había querido más de lo que los medios contaban.

—De todas maneras, son solo once minutos —porfió.

Bee resopló.

—¿Y tu dignidad?

Gaela se llevó una mano al pecho.

—La dignidad no da de comer.

—Tienes razón. Aunque de todas maneras es mi madre quien te da de comer y no los burdeles.

—Un gesto que nunca he tenido el placer de agradecer —ironizó.

—Y tampoco tienes por qué. Larissa alimenta incluso a los perros de la calle, pero eso no significa que le gusten. Menos le hace pensar que merecen un techo bajo su casa. Lo hace por los vecinos, que son muy chismosos y meten sus narices donde no los llaman. Si ellos no estuvieran, los mandaría a sacrificar.

—Agradezco entonces ser su cría callejera más frecuente. ¿Le he dado buen prestigio?

—Más de lo que te imaginas.

—Bien, porque detesto comer gratis.

Lo que más le gustaba de pasar la noche en casa de Beatriz era el balcón contiguo que se abría en medio de la estancia y dejaba a la vista los encantos de la Décima.

Esta vez, Gaela admiró aquel follaje amaderado antes de que una llovizna desdibujara los paisajes. La tempestad empezó suave, como acostumbraba a hacer todas las noches, luego, tomando firmeza, se encabritó hasta hacer imposible distinguir las aceras de las personas.

Las briznas de agua repicaban sobre el balcón.

—No la cierres —le dijo a Bee cuando le vio intenciones de levantarse de la cama—. Déjalo así.

—Podríamos amanecer inundadas —sugirió—. Una vecina así perdió su casa, o eso dijo madre.

—¿Te importaría si así fuera?

—No —y se acomodó de lado sobre la cama—, creo que, me gustaría ver sus caras si algo así ocurriera. Todos sus esfuerzos... tirados al caño por una lluvia.

—Creía que solo odiabas a tu madre —Bee asintió—, ¿Por qué ahora también anexas a Hidan en tus desfavorables vaticinios?

—Quítate la ropa, Gaela.

Ella se incorporó sobre la cama y empezó a desanudar las lazadas de su cotilla hasta que la prenda se abrió a la mitad y dejó a la vista un viejo camión de estameña con agujeros debajo del cuello.

—Esa camisa te la regalé hace cinco años —murmuró Beatriz, la mejilla apoyada sobre una mano.

—Me gusta reutilizar la ropa —dijo, subiendo la camiseta hacia la cabeza para después dejarla abandonada en el suelo.

Cuando su parte superior quedó cubierta por un corsé, blanco como un copo de nieve, Gaela se distrajo con la saya y la crinolina de segunda mano.

—Me gustan tus piernas. Son muy largas.

—No cambies la conversación, Bee.

—Pensé que te gustaría recibir un cumplido —achacó.

—Prefiero la sinceridad —se volteó para examinar a la fémina. Isabella apenas y estaba cubierta con un vulgar camisón de seda rosa—. ¿Te has peleado con tu padre? He visto como le veías en la cena, y has estado espiando tras la puerta.

—No he estado espiando tras...

—Ahórratelo.

En ocasiones, a Gaela le tocaba hacer de consejera entre Marco y Bee. Ambos hermanos le tenían cierto respeto por ser la mayor del grupo, y eso de alguna manera la hacía más imponente a la hora de sonsacarles la verdad.

Bee se cubrió la cara con un cojín.

—Vale, creo que están peleados.

—¿Por qué tan segura?

—Los he oído. Se odian, Ela. Y no es que me importe su vida amorosa... pero no saben disimular. La otra noche padre no regresó, y Larissa nos dijo que nos había abandonado por una mujer mucho más joven y hermosa. Marco se fue a la cama con el rostro hinchado de tanto llorar.

—Hidan no es un mujeriego —añadió Gaela.

—No, no lo es. Pero no está conforme con nosotros. Creo que le hacemos la vida un poco miserable.

—Son sus hijos —se apresuró a decir.

—Somos sus cadenas... —Bee se derrumbó en su lado correspondiente de la cama—. Prefiere tenernos lejos, lo sé. Esta no es la vida que quería, ¿sabes? Padre nunca ha amado a Larissa. Le tiene rencor por haberse interpuesto hace años en su antigua relación. Larissa nunca le perdonó que haya elegido a esa mujer antes que a ella...

—Espera, ¿y tú cómo sabes todo eso?

—No es tan difícil saberlo cuando él mismo lo dice. Claro, no es todo el tiempo. A veces parece olvidar que madre le tiene rencor y que él no está satisfecho con su vida, es ahí cuando nos premian y nos miman, cuando intentan hacernos olvidar lo rota que está nuestra familia y nos fuerzan a compartir con ellos. El vino, el festín, la música, sí, todo es muy lindo, aunque el trasfondo no es totalmente de mi agrado. ¿Por qué espiaba tras

la puerta? Bueno, supongo que estaba asegurándome que no se pusieran violentos.

—¿Hidan es violento?

Bee hundió aún más la cabeza en el cojín.

—No, pero madre sí que lo es. No olvida que padre no se casó con ella al principio.

—Vaya, lo siento —Gaela alargó la mano hacia la coronilla de Bee y acarició sus largos rizos plateados.

—No pasa nada. Madre tiene el anillo que tanto quería y la amante está muerta.

—¿Pero de qué murió? —Isabella ensanchó su sonrisa—, oh, no me digas que Larissa...

Bee puso una mano en su hombro.

—Larissa es mala, sí, pero no mataría a nadie. Y menos a una mujer. En cuanto a la amante, bueno, creo que murió por traición...

—Muy trágico.

—Es muy romántico. ¿Sabes qué es trascender así al Niorj? Yo quiero algo así.

Gaela se llevó una mano a la boca.

—¡Beatriz!

—Es broma.

Pero nada que dijera Bee la podría convencer de lo contrario. Ella era díscola, extrañamente enamorada de la tristeza, y a la vez tan fascinada por los finales felices que todos jurarían que justo eso buscaba. Gaela se acurrucó en su pecho y se permitió descansar tanto como pudiera.

Mañana tendría que salir a las calles en busca de trabajo, o de lo contrario, la idea de subastarse en el mercado dejaría de ser una opción para pasar a una realidad.

La lluvia bajaba bravía entre los aleros de la mansión, se derramaba como hilos transparentes por las mansardas y rompían concisos sobre la

cementada del balcón. De vez en cuando, las cortinas aleteaban.

Un cabo de vela iluminaba tenuemente la estancia.

Bee suspiró.

—No quiero ser cómo ellos, Gaela —dijo, el frío creando vaho en su boca.

—¿Cómo quién?

—Como mis padres —aclaró, abrazando la almohada—, si alguna vez me ves convertida en Larissa, mátame.

—¿Y qué me dices de tu padre? Es un hombre exitoso...

—Precisamente porque es un hombre exitoso es tan infeliz. Digo, el dinero es genial, pero no siempre trae la felicidad.

—Entonces, dámelo a mí —a ella sí que le gustaba el dinero.

Y aunque todo indicaba que Bee reiría con ella, su sorpresa fue que esta endureció los labios de repente.

El rostro de su amiga se ensombreció.

—Anoche tuve un sueño, Gaela —dijo, la lumbre de la vela acentuaba los rasgos exóticos de su rostro—, un sueño fantástico. Cuando desperté, sentí que habían arrancado una parte de mí.

Eleonora la dejó hablar.

Cuando Bee estaba nostálgica, cuando emergía de su inopia y pisaba tierra firme, era como hablar con otra mujer. Una mucho más sabia, pero más inalcanzable que la anterior.

—Todo era... hermoso —continuó, las manos cruzadas sobre la nuca—, pero también muy triste. Lo anoté todo en mi diario en cuanto desperté esta mañana, por si olvidaba algo, por si se me escapaba algún detalle. Creo que nunca había visto flores tan hermosas, dioses más benevolentes, y vestidos tan elegantes. Todo estaba cubierto de oro y plata... desde el pasillo hasta su desembocadura... todo brillaba de una forma sobrenatural. Tú estabas ahí.

—¿Yo? —Gaela parpadeó. Llevaba puesto el corsé que había utilizado esta misma mañana, y las enaguas sucias del otro día.

Bee asintió.

—Eras el centro de todo, pero no te dabas cuenta —el azul de sus ojos se convirtió en violeta en cuanto la luz de la vela lamió sus pupilas—, y había música... mucha música... los mejores bardos estaban ahí, y cantaban en honor al desamor: «bésame con tus labios traicioneros, y después olvídate que cambiaste esta sinfonía por una menos letal», coreaban entre sí, mientras del cielo llovían rosas en llamas.

—¿Y qué sucedió? —inquirió, alzando una ceja.

—Descubrí la letra, ácida, y de repente, me pregunté porque la música no cesaba nunca, porque el baile nunca terminaba y porque nadie podía marcharse de allí. Estábamos unidas a la canción, y una y otra vez bailamos a través de ella. Nunca nos fijamos en el oro, que servía para camuflar el hedor de la putrefacción. Todo siguió siendo hermoso, incluso después del amanecer, cuando el hechizo se rompió y tuvimos que volver a casa. Pero cuando bajaba los escalones me di cuenta de que no quería volver a mi antigua vida, que nunca más podría ser yo misma lejos de aquel rincón del mundo, qué quería estar allí más que nada, bailando hasta que mis pies sangraran. Hasta el anochecer... hasta la hora de las velas.

—¿Cómo en un cuento de hadas? —inquirió Gaela.

Bee se tensó de repente, y en sus ojos centelleó un deje de miedo.

—Ya sabes lo que dicen —rió nerviosa—: «detrás de un gran cuento de hadas, fue primero un gran rastro de sangre» —dijo, y su corazón se aceleró paulatinamente—, dicho como tan hecho. Había sangre en nuestros rostros, Gaela... y la música era veneno para nuestras almas. Era una tortura, pero también era nuestro hogar.

Incapaz de verle a los ojos, de confesar semejante pesadilla que aún vibraba bajo su piel, le dio la espalda a Gaela y suspiró:

—No era un cuento de hadas. No lo era.

Con la ayuda de su aliento, Bee consumió el cabo de vela que aún otorgaba calidez a la habitación.

La tormenta duró toda la noche.

Capítulo 6

—La última vez que la naturaleza desató su ira contra los castillos del hombre, su majestad era todavía una cría en los brazos de su madre —la silueta metálica del caballero se reflejó en el ventanal de vidrio que espejaba una inmensa biblioteca de madera y mármol.

Robert no apartó los ojos de aquel paisaje gris, sentado en el borde del alféizar, la voz de ser Alexandro le supo molesta y ausente.

Apenas reparó en su presencia.

Sus pensamientos vagaban de la ventana hacia el tomo añejo que sostenía entre sus pálidas manos: hoy había sido un día poco fructífero, apenas y pudo concentrarse lo suficiente como para leer tres páginas, más de diez párrafos cuyo contenido empezaba a borrarse de su memoria.

Una respiración acompasada acompañaba los suaves latidos de su corazón.

—Las Lluvias de la Discordia, le llaman —siguió diciendo el ser, ajeno a la apatía de Robert—, nunca auguran nada bueno.

Es cierto que la tempestad no había amainado con los días, todo lo contrario: arreciaba cada vez más. Detrás de él, dos criadas caldeaban la estancia preparando la chimenea con yesca e incendaja.

Los troncos que llevaban en brazos —todos de pino— despedían un aroma amaderado que acabaría por adherirse a su piel.

Suspiró.

—Tres meses de lluvia —dijo al fin—, ha habido peores.

—Es precisamente porque ha habido peores que toda la guardia se encuentra tan susceptible —corroboró el caballero, ladeando la cabeza—, sólo dos grandes tormentas ha visto este reino, mi señor. La primera duró una década entera. La segunda, toda la gestación de su señora madre.

—Habrán problemas con las cosechas, ¿verdad? —murmuró, la voz aterciopelada vagó por el salón, tímida.

Robert recordaba bien lo que sucedía cuando llovía demasiado: el fango escalaba por los castillos, los sembradíos se perdían, y las madres eran más propensas a sufrir.

Cuando él nació, los relámpagos surcaban feroces el cielo, y la tierra agonizaba por tantos desastres.

Pero eso no era nada a comparación con los diez años de lluvia que precedieron la Conquista de los Cuervos. Esto era tan solo una fugaz llovizna. Una pequeña prueba de los dioses.

—Mientras Galia continúe vertiendo sus lágrimas sobre nuestros pecados, no podremos hacer mucho, majestad.

—No te estoy pidiendo explicaciones, ser —Robert se volvió hacia el caballero. El rostro ajado del ser estaba marcado por un remordimiento indeleble—. No es tú culpa.

—La guardia...

—Está haciendo lo que puede —culminó por él.

Desvió la mirada de nuevo al ventanal: en medio de toda aquella tempestad, irisados reflejos decoraban los charcos del jardín. Los árboles se estremecían desde la raíz.

Alcanzó a ver motas de fuego en las atalayas, dentro de las torres de vigilancia.

Él no podía saberlo a ciencia cierta, pero debía estar haciendo mucho frío si todos se andaban por ahí con el cuerpo entumecido y esas caras tan largas.

—¿Quiere mi señor que le traiga un poco de té? —adivinó el Esterlina.

Frunció los labios.

—Bebida para señoras —dijo, sin apartar la vista del ventanal. Las piernas estiradas sobre el alféizar, largas y fuertes, e ingeniosamente arregladas una sobre la otra, para mejor comodidad.

—¿Una manzana, tal vez? —se empeñó el caballero.

Robert sonrió con cierta malicia

—Si quisiera manzanas, las habría cogido yo mismo del cuenco —señaló con la cabeza una mesa repleta de exquisitos menesteres—, gracias por tu atención, ser, pero temo que no requiero tantos cuidados como Jaziel. No

soy de vidrio.

—Su hermano suele ser más directo —rezongó él—, y en ocasiones esto supone más un alivio que un martirio.

—¿Me considera usted una espina atravesada en la garganta? —preguntó, flexionando las piernas—. Vamos, no me mienta.

Ser Alessandro Belli carraspeó antes de hablar.

—Te considero muy astuto, y copiando las palabras exactas de su tío, también muy independiente para este castillo.

—El rey es un hombre sabio —calibró Robert—: es un crimen ir en contra de su palabra. ¿De verdad quieres complacerme, Alessandro? Bien, seré directo, aquí hace frío y me siento un poco aturdido. ¿Qué remedio me recomienda para aliviar mi malestar?

El caballero dio un paso al frente.

—Una mujer —añadió—, si es el frío lo que le importa, por supuesto.

—Tengo veinte y nueve años... —musitó, sus dedos acariciaban el cuero del libro que reposaba entre sus manos—, ¿realmente es necesario que tú, mi amigo y fiel confidente, me traiga la cena a la cama?

—Si me permite el atrevimiento, majestad, los caballeros tenemos muy buen ojo a la hora de escoger el menú.

Robert no ponía en duda los gustos del caballero, sin embargo, la idea de que le llevarán doncellas a su cómoda cómo si se tratasen de postres exóticos...

Le perturbaba.

En realidad, lo que más acuciaba en este momento era un poco de soledad. Tantos pares de ojos puestos en él lo ponían nervioso. Y no era la primera vez que le sugerían la compañía de una mujer...

—Si consigues tres mujeres hermosas, que no se parezcan en nada, tal vez considere tu oferta, ser —dejó caer la propuesta.

—¿Tres mujeres hermosas, que no se parezcan en nada? —Robert asintió, pétreo—, ¿es eso un acertijo, mi señor?

—Es un reto. Una misión imposible, porque, oh, sorpresa, todas se

parecen mucho.

—La belleza es subjetiva.

—El arte es subjetivo. Las mujeres... no tanto —se bajó del alféizar.

—Es fácil criticar cuando se habla desde el privilegio.

Dejó escapar un seco bufido. Sabía a lo que se refería.

Cualquiera que le conociera, se sentiría halagado al ver con sus propios ojos un Cuervo de tan alta categoría, con su pelaje negro como el carbón, alto como todos los de su progenie, y pálido como la mismísima muerte.

Un caballero hecho y derecho, soltero y codiciado.

¿Cómo puede ser posible que semejante varón aún no haya sido quitado del mercado? Pues, simplemente todavía no se le había dado la oportunidad.

Por supuesto, Robert se había enamorado tantas veces que había perdido la cuenta. Se había puesto de rodillas para rendir pleitesía a hembras con la piel del atardecer, había besado, amado, y llorado posteriormente el luto de la separación.

También había hecho promesas de matrimonio. Pero no siempre las cosas salían como a él le gustaría.

No siempre el amor era un negocio limpio.

Sí, Robert había tenido innumerables oportunidades para casarse; ese mérito nadie se lo podía negar pero, por desgracia, jamás ha podido experimentar algo tan sólido y sostenible, tan intenso y desenfrenado como para introducirse liberadamente a una desmedida insania. Y estándose consciente de haber recibido por años carroña disfrazada en bondadosas palabras, hasta la soltería era una condición más apetecible que el amor.

—No me pienso torturar con nimiedades —le dijo a ser Alessandro—, sin embargo, me gustaría poder tener la privacidad suficiente cómo para terminar este libro: espero y no te importe, amigo mío, pero está comenzando a incomodarme tu descarado escrutinio.

—¿Qué sugiere que haga, majestad?

Robert depositó el libro sobre una mesa encerada de nogal.

—Podrías subir al despacho del rey y decirle que no amerito tus vigilancias. Cometí un error una vez: no tengo intenciones de repetirlo de nuevo. Si esto le hace sentir mejor, dile que aprendí mi lección.

—Majestad...

—No voy a escaparme de nuevo —zanjó de inmediato.

—Como digáis —ser Alessandro se pendió la espada al cinto y salió por la puerta.

El Cuervo ocupó una silla de fieltro y se distrajo con el libro que había tomado esta mañana de la estantería: un valioso ejemplar que solía releer cada vez que se le brindaba la oportunidad.

Antes de sumergirse en su lectura, Robert alzó la cabeza y miró por derredor.

Desde que sus estudios como monarca culminaron hace dos temporadas, quemaba la mayoría del tiempo en la biblioteca de Galia, leyendo y aprendiendo temas nuevos.

La estancia otorgaba la adecuada sensación de paz y armonía que a Robert tanto le gustaba.

Los candelabros, los ventanales y el techo abovedado con arabescos de oro macizo, no significaban nada a comparación con los invaluable tomos de grandes autores que se repartían por todo el salón, y pertenecían a la familia desde tiempos remotos.

Robert solía perder la noción del tiempo una vez traspasaba el umbral de este santuario literario, y no salía de ahí hasta muy pasada la noche, cuando el hambre y el sueño lo devolvían a la realidad.

Era un lugar seguro, libre de las presiones de su cargo.

Sin embargo, no todo era perfecto. A veces, tocaba compartirla.

Supo que Alessandro aún no volvía de su recado apenas oyó de nuevo el chirrido de la puerta. El peso que esta mano ejerció para girar el picaporte fue mucho más ágil, rozando la delicadeza. El cerrojo se desplazó lentamente de su lugar y la puerta se abrió medio círculo. Una sombra se proyectó entonces en la baldosa; delgada, un poco afeminada, y sigilosa como un débil susurro.

Robert no levantó la mirada para encarar al advenedizo. Se concentró en su lectura e intentó ignorar el reciente ambiente hostil que este individuo

parecía haberse traído consigo.

Una criatura de Eusthaim, eso era. Con sus pasos de pluma, silueta espectral y movimientos felinos. Robert oyó al extraño menudear por la biblioteca, bastante amplia cómo para dar cabida a cien personas.

La sombra se desplazó por la repisa de la geografía hasta las viejas crónicas del Nuevo Mundo. No parecía buscar nada en específico. Tocaba con sus dedos fríos cuantas cubiertas empolvadas vislumbraran sus narices dilatadas.

Su respiración era pesada, tensa, y muy irritante. Justo cómo pretendía.

Robert aguardó pacientemente a que la sombra viniera a por él. Y así lo hizo.

Fue un encuentro agrídulce. Ameno por los lazos de sangre que a la fuerza les unía, y a su vez tan deliciosamente insoportable por la influencia que ese rostro malvado ejercía sobre él: tan parecido al suyo que estremecía.

—Jaziel —saludó a su pequeño hermano.

No tenía sentido seguir ignorándolo, fingir que no estaba al corriente de su presencia. Podía sentir su energía a leguas. Detectar su aura humana con los ojos cerrados. Era la gracia de la familia.

Siempre sabes cuando están cerca.

La sombra se acercó a la mesa, en silencio, sin mediar palabra alguna.

De inmediato, Robert previó una tragedia. Se armó de paciencia y esperó el primer golpe.

—Mi plebeyo favorito —dijo Jaziel, forzando una sonrisa agradable.

«Aquí vamos —devolvió el gesto y apoyó las manos sobre la mesa. El libro estaba abierto a la mitad, y todavía no conseguía leer más de un párrafo sin perder el hilo de la historia—, bien, esta vez no me vencerá tan fácilmente».

Jaziel se plantó delante de la mesa y contempló con curiosidad la bandeja de plata que les separaba.

—Forraje para los presos —dijo con desprecio, cogiendo una manzana roja del cuenco.

Robert vio cómo alzó la fruta por los aires y luego le dio una seca mordida. El ruido que hizo al masticar, intencional o no, provocó que

arrugara la nariz.

—¿Te vas a comer todo esto? —negó—, oh, bueno, supongo que no te molestara si...

—Adelante —invitó, haciendo un ademán de cabeza.

Su hermano cogió un cuchillo reluciente de la bandeja, y valiéndose de una calma impropia, cortó el jamón de pavo en rodajas muy finas.

A su colación le añadió queso en cubos y unas cuantas aceitunas negras.

Robert reparó en las ojeras que surcaban su rostro.

—Esta mañana me ha despertado un pequeño incidente en mi habitación —dijo, como si de alguna manera pudiera leerle el pensamiento—, un viento huracanado torció el árbol que escalaba por el balcón —decía sin dejar de cortar los entremeses—, el impacto fue brutal, las ramas estallaron el vidrio y...

Se detuvo.

—¿Tú no vas a comer? —le escaneó de arriba abajo. El cuchillo se mantuvo suspendido entre su palma.

Robert ladeó la cabeza.

—Lindo —bufó divertido, volviendo a su tarea de cortar el jamón—, tío Abithos te lleva el desayuno a los pies y tú lo dejas pudrir aquí. Pensé que eras el obediente... —el metal del cuchillo repicaba contra la bandeja con cada cortadura.

«Tal vez no me guste recibir tanta atención —pensó. El rostro de Jaziel se hallaba ensombrecido por estarse a contraluz—, o tal vez, al fin y al cabo, tengo madera para la rebeldía».

Fue como si le hubiese adivinado el pensamiento.

—No lo creo —y dejó lo que estaba haciendo para coger otra manzana.

Jaziel hizo girar la fruta entre sus dedos. Esta era más roja que la anterior. Su piel parecía acoger los colores de la estancia con facilidad, y brillaba con una intensidad sobrenatural.

—Ven, banquetecemos —le lanza la manzana.

Sus buenos reflejos la cogieron enseguida.

—Sé que te gusta que te rueguen un poco... —hizo amago de protestar, él le interrumpió—, entiendo. Es un placer culposo, ¿no? Bueno, ahí tienes, luego no digas que nunca he hecho el esfuerzo por comprenderte.

—No esperes que te dé las gracias.

Jaziel se encogió de hombros.

—¿Qué sabe un animal de modales? —y habría replicado, de no ser porque estaba convencido de qué de haber sido al revés, él tampoco hubiera agradecido nada.

Le hincó el diente a su manzana y se entretuvo con su lectura. Jaziel no iba a arruinar su día. Su hermano, por más odioso que pudiera ser, caía mejor si no se le seguía la corriente.

Robert le vio acomodarse en una silla y pinchar los cubos de queso con un palillo de madera. Jaziel estaba bastante elegante el día de hoy. El vasto rubí que pendía de su oreja centelleaba con cada movimiento que ejercía. Y los granates de sus mangas, santo dios, parecían lágrimas de sangre en vez de simple decoración.

Jaziel tenía la vista clavada en las ventanas.

—Es cómo retroceder en el tiempo —murmuró. Con el palillo limpiaba las impurezas de su boca.

—¿A qué te refieres? —estribó los codos en la mesa.

Señaló la tempestad.

—Cómo si las sombras pudiesen oírnos —insistió.

Robert se giró entonces hacia la ventana. El agua caía a raudales por las arbotantes. El cielo era gris, y una manta negra y espesa se arremolinaba hacia el este, como la boca de un monstruo.

El embate del viento hacía vibrar los ventanales.

—¿Crees que así luzca...?

—¿El Medio Cráneo? Sin duda. Tiene que verse igual, o peor. Abithus dice que es el lugar más inhóspito del mundo.

Robert calibró la información. Aquel lugar... aquel continente... sus

antepasados debieron haber hecho hasta lo imposible por sobrevivir ahí.

En el reino de las sombras.

—Allá galopan los demonios bajo un mar de escombros y ceniza —dijo, la voz carente de fuerza por alguna extraña razón.

No solo los demonios, sino cualquier entidad maligna adepta a la hechicería y a la magia negra.

Hablar del Medio Cráneo siempre producía escalofríos.

—¿Qué decías de tu ventana? —desvió la conversación.

Jaziel captó su intención y esbozó una mueca floja y austera.

—Ah, sí, mi ventana... —recobró el hilo de la historia—, bueno, sucede que esta maldita lluvia ha provocado que las ramas del viejo árbol cayeran sobre mi balcón —frunció los labios—, me he despertado sobresaltado, con un nido de porquerías en mi cama. Un ave en particular caminaba sobre la cama cuando caí en cuenta de lo que había pasado.

—Dioses —suspiró.

Así que eso era lo que había oído esta mañana.

—El ave fue fácil de sacrificar, la ventana... —sus dedos jugueteaban con la comida—, no tanto. Abithus llevó albañiles a que la repararán, pero el triquitraque del martillo me volvió loco... He pasado todo el día vagabundeando por el castillo —estuvo a punto de comentar que justo era eso lo que siempre hacía cuando Jaziel se adelantó—, así que, aburrido por mi situación, me propuse hacer caridad.

—¿Caridad? —parpadeó.

—No todos pasamos el día con las narices metidas en inmundos libros de pacotilla —dijo, ufano—. Algunos hombres como yo, nos encargamos de proporcionar seguridad al personal. Hoy, por ejemplo, regalé panes a la servidumbre —Robert se mordió un labio—, estaban un poco rancios, sí, pero no creo que sepan a qué sabe el pan fresco.

Con cuidado, Jaziel alargó la mano hacia la mesa y levantó un vaso de agua templada.

—Preocupado por la lluvia, quise evitar que nadie despertara de la misma forma que yo lo había hecho... —le dio un trago a su vaso de agua—, así que le dije a ser Rayan: "déjalos aquí esta noche, Esterlina, está haciendo mucho frío, y seguro querrán dormir bajo la calidez de las chimeneas en

lugar de las húmedas casillas de los cerdos". Cuando ser Rayan comunicó mis deseos, jamás los había visto llorar con tanta ímpetu.

—Loado seáis, hermanito.

—Creo que tengo talento para la diplomacia.

«Definitivamente tiene talento, pero para acabar con todo». Ahora era su turno de sonreír.

Tío Abithus le daba demasiada libertad a ese mocoso.

No, la servidumbre no dormía con los cerdos. Pero eso Jaziel no lo sabía.

Robert nunca se había sentido tan aliviado de que su hermano fuera el segundo en la línea sucesoria. Si tenía algo de suerte, tal vez Jaziel nunca sentara su culo en el trono de la familia.

Pues estaba claro que lo echaría todo a perder.

Jaziel era un Cuervo, un soldado aguerrido de probada valía. Sabía de armas, de estrategia, y quizá también de protocolo, pero no era paciente, y hasta el día de hoy le costaba empatizar con los demás.

También era el hermano del medio, aunque esto nunca lo había privado de presumir.

Jaziel era el segundón del trío. Había crecido sin presiones y sin altas expectativas por parte de tío Abithus: quien le dejó desde niño obrar a sus anchas.

Por un tiempo fue la triste sombra de Robert, su perra, hasta que consiguió igualarlo a través de su destreza en batalla y romper así su condición de hermano olvidado.

Robert, por su parte, era el mayor. Y tío Abithus no le perdía nunca de vista. Nunca.

Sobre él habían caído la mayoría de las obligaciones.

«Tú representas un papel —le había dicho Jaziel una vez—, tú eres la gran farsa. Eres político, y los políticos mienten». Le escupió en la cara.

Por supuesto que esto último era mentira. Robert no era hipócrita, ni mucho menos un artista del engaño. Era noble, de buen corazón.

Y un Cuervo.

—Está claro que el cautiverio despierta en ti todo tipo de pasiones —se limitó a decir.

Jaziel arqueó los labios. Su cara retorcida en un gesto sinuoso.

—Cautiverio —repitió disgustado—. Me alegra que al fin lo admitas, porque esta situación es justo eso: una condena.

—A mí me parece que...

—¿Qué dice el libro? —le interrumpió, retrepándose en su silla.

Robert levantó la cubierta de su ejemplar y leyó en voz alta el título del contenido.

—Palaius Haal —dijo—, esto en moyanti puede traducirse cómo: Viejo Mundo —parafraseó.

—¿Son tuyas esas tachonaduras?

Asintió. Jaziel resopló con tedio, estaba claro que no había venido a la biblioteca en busca de recreación. En realidad, Robert todavía no adivinaba qué hacía ahí, sentado, mostrándose interesado en su lectura...

—¿Quieres queso? —ofreció, extrañamente afable y manejable.

La lumbre de la chimenea dibujaba una corona de fuego sobre su pelo azabache, enardecido su mirada.

Sus ojos grises analizaron la estancia de un lado a otro.

Robert se limpió la boca con una servilleta, el hueso de la manzana, aún húmedo, lo depositó en la bandeja.

—No más agasajos —dijo, torciendo los labios.

Jaziel se hizo el desentendido.

—¿Eso es un no? —inquirió, tratando de desviar su atención.

—¿Qué quieres de mí?

No era común que su hermano se interesara en su vida. A Jaziel no le importaban sus lecturas, tampoco qué hacía en sus horas libres, o si

comía o se mataba de hambre en ayunas.

A él solo le importaba... su condición.

Jaziel se inclinó hacia adelante.

—Hermano, dime qué ves —barrió la estancia con su mirada—, ¿hay algo en esta biblioteca que te parezca anormal? ¿No? ¿Nada?

Robert recorrió la estancia sin prestar demasiada atención a los detalles. Todo se veía, como siempre se había visto...

—Las bandejas, las repisas, las criadas, las alfombras, los cuadros...
—siguió diciendo Jaziel—, ¿todo sigue igual para ti?

Se obligó a asentir. No podía, no podía decirlo en voz alta.

—¿Y el silencio? ¿También es lo mismo, o hay algo más?

No respondió. Sabía a dónde quería llegar, y porqué se lo estaba diciendo ahora y no en el almuerzo delante de Abithus o ser Alessandro.

Es probable que hubiera esperado todo el día para dialogar con él, para engatusarle. Es probable que haya estado maquinando no muy lejos, a la espera de que el Esterlina se perdiera de vista para así poder infestarle con sus intrigas.

Cerró el libro de un manotazo. No estaba dispuesto a oír la misma cantinela de nuevo.

—Se ha ido, Jaziel, tú viste...

Pero Jaziel no le dejó hablar. En un abrir y cerrar de ojos, cogió de nuevo el cuchillo de la bandeja y lo enterró de súbito en el centro de la mesa.

Los entremeses trepidaron al recibir el impacto. El vaso de agua cayó al suelo y se hizo añicos sobre un tapete de piel de armiño.

Los vidrios se esparcieron en pedazos por toda la estancia...

Jaziel estaba muy serio.

—Hablas de ella como si estuviera muerta... —dijo en un susurro helado, peligroso.

Robert no le quitó los ojos de encima... el desastre que tanto había augurado, el malestar que había temido todo el día, por fin empezaba a

cobrar sentido.

Las tazas de peltre que ornaban los costados de las bandejas vibraban bajo un enigmático ruido metálico.

—Lleva tres meses desaparecida —susurró, la garganta seca por la impotencia que corría por sus venas.

—¿Y?

—Tú más que nadie sabes que odio mentirme a mí mismo, pero, ¿qué podemos esperar de todo esto? —dio un rápido vistazo a la estancia—, oh, dios, tú viste lo que pasó en el bosque... ¿De verdad crees qué...?

—¡Está viva! —aulló Jaziel, poniéndose de pie—, ¿Cómo osas siquiera sugerir que...?

—¡Sólo digo lo que vi!

—¿Y qué viste? Tripas y unas cuantas extremidades. Nada que diga que ella...

—¡La guarnición estaba muerta!

—Entonces, ¿dónde está su cuerpo? ¿Dónde? Porque aquí no está, aquí sin duda no está... y mientras no esté...

—Te estás haciendo daño, Jaziel.

—No, tú te estás haciendo daño. Aquí, sentado en esta maldita pocilga mientras reniegas de tu sangre. ¿Cómo crees que se tomará tu fácil resignación? ¿Qué crees que pensará cuando llegué a casa y vea que no saliste a protegerla?

—Salí a buscarla —masculló. El pecho agitado y sudoroso por tener que recordar su fracaso.

Jaziel bufó.

—Un día, no más —pronunció pálido—, luego la habéis dejado a suerte como a una ramera. ¿Te hizo algo Diana para que la desprecies así?

—Tú no entiendes.

—Entiendo que le debías protección y le fallaste, que fuiste un cobarde y agachaste la cabeza mientras tu única hermana le pedía a los dioses un poco de misericordia. ¿Esta es tu misericordia? Un destino peor que la

muerte.

—A mí no me hables de ese modo.

—¡Entonces partid en su búsqueda!

—¡Con mucho gusto lo haría si pudiera! Pero el Rey nos ha prohibido salir de aquí, ya te lo he dicho. ¿Qué esperas escuchar?

Jaziel le da un puñetazo a la mesa, causando una grieta en la madera. Robert no se inmuta, espera su contestación con la misma serenidad de antes.

Y no tarda en llegar.

—Quiero que regrese... —Barbotea con dificultad, derrumbándose en la silla—. ¿Es eso lo que querías oír? Siempre te ha gustado ver cómo me humillo... —rezongó, mirando el suelo—, pero en fin, quiero volver a verla, aunque sea una vez más. ¿Has caminado por los pasillos? Están solos, Robert... Solo existe el silencio desde que ella se fue...

Entiende el punto de Jaziel; la extraña, añora a Diana tanto cómo él.

Suspira. No vale la pena ser duro con Jaziel. No cuando solo quiere ayudar a su familia.

Le dirige una mirada acerada a su hermano, añadiendo lo siguiente:

—Cuando Salomón llegó esa noche gritando en los torreones como un loco, cuando le vimos entrar hacia las puertas del castillo... ¿te acuerdas? Estábamos aquí, justo aquí, solos tú y yo. Sabíamos que Diana estaba a punto de llegar y queríamos darle una sorpresa, que nos viera juntos; justo como siempre quiso que fuese, sin rivalidades de por medio y esperándola como la familia que según, somos. ¿Recuerdas lo que me dijiste?

Jaziel hizo un gesto positivo.

—«Te admiro, Robb, tú eres el rey».

—Bien —prosigue—, me cautivaste ¿vale? Realmente me tocaste el corazón. Me hiciste sentir unas arrolladoras ganas de abrazarte, sin embargo, no lo hice por temor a que me rechazaras —confesó, frotándose las sienes. Cuando Robert se frotaba las sienes parecía diez años mayor—. Luego, nos cayó como una apuñalada la noticia: gritaste y rompiste todo lo que se te atravesó. Juraste vengarte de los guardias de Hozen y comprometiste a Salomón de inmediato con la guillotina, reaccionaste

rápido..., como tiene que ser, en cambio yo... Estaba petrificado.

—No sería vuestra primera pérdida —reconoció Jaziel, con una sonrisa melancólica.

Interesado en las declaraciones de aquel hermano suyo, Jaziel estiró las piernas en la silla.

—Luego caí en la realidad... —continuó, sus palabras las meditó paulatinamente—, me di cuenta de que eso no estaba bien; que no podíamos quedarnos zanganeando mientras ella, donde quiera que estuviese, luchaba por su vida, me levanté de la silla, busqué una espada y...

—Te seguí —completó Jaziel, apoyando sus codos en la mesa—. Siempre te sigo a todas partes.

—Me seguiste —repite Robert esgrimiendo una débil sonrisa—. Un error que luego pagaríamos con la libertad.

Capítulo 7

La fuga se llevó a cabo bajo un velo de tinieblas.

Los preparativos fueron breves, la parodia, aún más breve. Nadie de singular importancia les vio desfilan desde los jardines hasta la antigua poterna obsoleta que en antaño sirvió de entrada a los lacayos.

«Este arbusto podría ser venenoso», dijo Jaziel cuando atravesaron un estrecho canal que conducía a los establos. Hace un siglo que el acceso había sido inutilizado por la servidumbre, y el desgaste en la piedra y en las paredes era traicionero a la vista.

El suelo de argamasa estaba agrietado entre esquinas, y debajo de él crecían hierbajos que escalaban picosos hasta los tobillos. A lo lejos llegaba el sonido de las cigarras, y el suave tañer de campanas que indicaban que era más de medianoche.

Robert sostenía un farol de aceite.

—Es inofensiva —dijo sin apartar la vista del suelo.

Extrañas plantas autóctonas rasgaban hambrientas la tela fina de su pantalón y le producían escozor. Nada que no pudiera soportar.

Salomón, en cambio, parecía estar conteniendo un chillido.

—¿P-por qué la poterna y no el muro? —preguntó el caballero, los ojos desorbitados de pánico por el polvo y la mugre que caían inermes sobre sus cuerpos.

—El muro tiene muchos ojos —dijo Robert secamente—, y esos ojos no deben vernos esta noche. La poterna es la mejor opción.

Pero el canal gemía a su alrededor mientras producía sonidos escalofriantes. No cabía duda que estaba en sus últimos días, y que podía derrumbarse en cualquier momento, sobre ellos, sobre sus cabezas.

—¿He mencionado ya mi larga racha de mala suerte? —dijo Jaziel,

amenizando la situación.

Salomón soltó entonces una risita nerviosa. Lo suyo no era la oscuridad, ni la humedad, y en general, nada que conllevara ensuciarse el uniforme.

Había sido uno de los soldados que se ofreció como voluntario para escoltar a la princesa de vuelta a su hogar, pero solo porque su padre —un regio veterano— así lo había ordenado.

De lo contrario, de haber tenido la potestad de elegir.... Se habría quedado en casa, con su madre, cantando cancioncillas de cuna y tejiendo ropa para los gemelos.

Esto no era lo que le habían prometido.

«La gloria... el prestigio... mientras más lo encumbran más enferma». Su madre, una mujer regordeta, con las manos perfumadas de levadura y aceite, había impedido que partiera en pos de las famosas riquezas que daban nombre al Ascenso, y que con los años acababa por ser mortíferas para el despistado. Pero padre era un leal servidor del rey, y no se conformaba con migajas.

«Una espada juramentada», le había dicho padre qué sería. «La mano derecha del rey».

Salomón no creía que después de su fracaso en el bosque del Aurantiaco lord Robert lo dejara asentarse en su castillo, y menos aún, que le integrara a su milenaria Guardia Esterlina.

Es probable que lord Robert esté pensando en este mismo instante en cómo castigarlo por justicia a su hermana. Pero esto no le afectaba en lo absoluto. Salomón recibiría de buena gana el castigo, y después se marcharía con el honor mancillado.

Como siempre ha sido.

Los buitres no eran bienvenidos dentro del castillo real. Eso lo sabían todos. La Casa Fyre, injerta de la Casa Incender, había perdido todo derecho a la línea sucesoria luego de ser pasados por la espada a raíz de una traición.

Sus antepasados, un puñado de hombres ambiciosos, habían retado a la Corona por el derecho al trono, y el árbol genealógico de los Fyre sufrió una brecha irreparable.

Centenares de personas inocentes murieron por el desliz de diez.

«La semilla no cae muy lejos del árbol», fueron las palabras exactas del regente por aquel entonces, antes de abrir cancha a un festín de matanzas.

No convenía hacer enfadar a los auténticos Cuervos. Y esta lección quedaría bien aprendida luego de que los Fyre fuesen despojados de sus títulos reales y condenados a pagar diezmos y peajes como cualquier otro señor feudal.

Padre soñaba con recuperar la gloria ancestral que su bisabuelo vilmente había mancillado.

Padre era muy tonto.

Si alguna vez pensó que su progenie tendría lugar en la corte tal como lo hicieron los lores de antaño... estaba equivocado. Él había dejado ir a la princesa.

Y él pagaría las consecuencias.

Se llevó una mano al vientre bajo. Las heridas causadas por la batalla aún estaban frescas. El dolor subía por su abdomen para devorar cada recoveco de su sistema. Salomón no había descansado en todo su viaje al castillo. Pues su único temor había sido no informar la pérdida a tiempo.

No podía fallarle a la Corona, no mientras el destino de todos dependía de su desempeño en esta misiva.

Si volvía al Castillo Negro portando malas noticias, entonces, el sueño de padre quedaría enterrado para siempre, y él no vería la luz del día nunca más. Será ajusticiado y amputado.

Un ave que no es capaz de volar por sí sola no está preparada para el mundo.

Se estremeció.

«Piensa en madre, en sus galletas, y en sus canciones». Ella le cantará canciones cuando vuelva a casa, le mantendrá a salvo, lejos de la autoridad salvaje de aquel Fyre deshonrado, y será como si nada hubiera pasado.

Cómo si nunca hubiera visto los cuerpos de sus compañeros desangrados en combate, despedazados...

¿Habría podido hacer algo por ellos? Se preguntó cien veces en su

cabalgata hacia el Ascenso.

—No —pensó, ligeramente afligido—. Cuando desperté, no había nada por hacer. Estaban muertos, y Diana...

Diana había desaparecido.

Tragó en seco.

Los príncipes no estaban nada conformes con la noticia. El Cuervo más joven, aquel muchacho de ojos filosos y boca rígida cómo el mármol, estuvo a punto de asfixiarle en cuanto le vio llegar al muro con las manos vacías, desvariando, y suplicando un milagroso ungüento para esas feas dolencias que martillaban su pecho.

Por supuesto, no obtuvo más clemencia que crueles reviradas de ojos y una orden silenciosa para que les guiará de vuelta a la masacre. Pero esto no era nada a comparación con el juicio que el Rey le prepararía cuando regresara a la fortaleza.

«He perdido a un Cuervo bajo mi custodia y ahora ayudo a dos más a burlar la seguridad del castillo», Salomón no era el paladín que su padre había profetizado que sería en la adultez. Era un cobarde, y un perdedor.

Los perdedores no tenían lugar en el Nido de Cuervos.

—Tío Abithus se enfadara cuando volvamos —le oye decir a Jaziel. El príncipe tiene la cabeza gacha, y estudia muy bien sus pasos mientras avanza por el canal.

—No le hemos pedido permiso para salir... —convino Robert, ceñudo. Este acto de rebeldía probablemente acarreará represalias para los tres. Salomón había intentado advertirles, tenerles al tanto del mal que acechaba los ríos negros del Aurantiaco, pero, los príncipes habían sido necios ante sus ruegos. Y Salomón, a fin de cuentas, solo era un simple sirviente, no le quedó más remedio que obedecer.

«Es un disparate, sí, una locura que yo esté dispuesto a guiar a estos dos al mismo sitio donde vi morir a tantos camaradas. Debí ignorar sus amenazas, soportar un poco más el agarre del Cuervo menor en mi cuello, y morir aferrado a sus pies de ser necesario, pero jamás acceder a este disparate. Si algo le sucede a estos pilluelos bajo mi custodia, si el bosque malogra sus cuerpos tal como hizo con los soldados, el rey...». Las piernas le flaquearon. Todavía podía gritar, echarse a correr hacia las murallas como un desquiciado, y avisar a la guardia del desastre que estos dos planeaban cometer.

Se detuvo a mitad del canal. Jaziel le sujetó por un hombro.

—Andando. No hay tiempo que perder —le dijo mientras lo espoleaba como un corderillo.

El tacto del Cuervo era rústico y frío cómo las salientes de piedra húmeda que les rozaban de cuando en cuando las caderas.

La poterna estaba construida bajo las murallas, y esto implicaba que el canal que llevaba hacia los establos estuviera deteriorado por el desuso. Las ratas no estaban acostumbradas a los extraños, y les correteaban frenéticas por los pies.

Jaziel le pisó la cola a una rata por accidente.

—Ah, sucia alimaña... —gruñó, pateándola como un pedazo de estiércol.

El animal salió disparado por los aires, y acabó impactando contra unos colmillos de piedra que suponían el final del pasadizo.

Robert bordeó cauteloso los pedruscos forrados de moho, y sonrió satisfecho cuando aspiró el aire montuno de las colinas.

—De aquí en adelante, caminaremos cuesta abajo —anunció, la voz cavernosa y ronca por una alergia pasajera acogida en el canal. Jaziel asintió, solícito—. Ser Salomón, os suplico que selles la poterna; hemos corrido con suerte esta vez, pero dudo mucho que esto vuelva a suceder.

Salomón Fyre habría deseado no forzarse nunca más. Pero a lord Robert no le importaba un comino su condición de sobreviviente, o si podía o no sellar una poterna en semejante estado caótico de dolor; le había ordenado algo y él esperaba que cumpliera.

Ante las miradas aceradas de ambos príncipes, ser Salomón se puso torpemente de cuclillas y arrastró con todas sus fuerzas una gran roca mohosa que debía hacer de puerta en otras ocasiones. La energía que esta acción arrancó de él lo dejó jadeando y sudoroso.

Cuando terminó, sus manos estaban enrojecidas e infectadas de pústulas. Accidentalmente se había destrozado una uña. De inmediato, se llevó el dedo a la boca y lamió la sangre fresca hasta que la herida dejó de manar.

Jaziel le miraba sentado desde un tocón, y se arrancaba telas de arañas del jubón tachonado mientras compartía miradas taimadas con su hermano.

—Es como una caricatura... —dijo, con el rostro ceniciento por la inmundicia del canal.

—No molestes al chico —tajó Robert, retirando telarañas de su cabello.

De aquí en adelante, el equipo caminó en silencio. Levemente afectados por una llovizna que comenzaba a vigorizarse cada vez más. El tiempo no era el adecuado para una cabalgata, pero esto no redujo el andar de los príncipes.

Salomón sabía que estaban desesperados, y que hacían todo lo humanamente posible por no revelar las emociones de zozobra y embargo que regían sus movimientos.

Diana no estaba en el bosque. Y lo sabían.

«Se esfuerzan por demostrar humanidad... —su madre le había dicho una vez, que ningún Cuervo era, lo que uno llamaría «normal». Ella sabía bien de lo que hablaba, pues era una Incender de menor rango que había contraído nupcias con un noble Fyre para diluir la sangre emponzoñada que corría por sus venas—, por supuesto, esto no le hizo ninguna gracia al abuelo, que más bien buscaba emparejarla con un cuervo capaz de figurar en la línea sucesoria, pero la noticia de la boda se relevó mucho más tarde, cuando ya no había nada qué hacer».

Su madre, prima de una de las hermanas de Alba Incender, era casi idéntica a estos silenciosos hombres que tenía al frente; rostro ovalado, cabello delicadamente oscuro, y una mirada capaz de petrificar basiliscos.

Desde luego, esta fina apariencia era engañosa: por dentro estaban todos podridos.

La mayoría moría muy joven.

—Hoy patrulla la guardia de la ciudad —comentó Robert una vez llegaron a los establos—, no suponen un impedimento, pero les gusta causar problemas. Extravían a propósito la mercancía de los comerciantes para luego encarecerla en Alba Collis. Hombres curtidos, codiciosos y embaucadores. Buenos tipos.

—Estupendo. Mis hombres favoritos son aquellos que tienen precio —añadió Jaziel, aupándose a un corcel—, no hay individuo más fácil de leer que aquel que ansía lo que nunca ha tenido.

—En efecto, y es por eso que he sido generoso con las provisiones del viaje —su mano descendió hasta su pechera, Robert agitó la tela y un tintinear de monedas llenó los oídos de los presentes—. Esto ayuda más

que las promesas, y salva más vidas que un puñal.

—Un hombre precavido —valoró Jaziel con gesto apreciativo.

Abandonaron el castillo, sus terrenos, y galoparon hacia la enorme muralla de piedra caliza que rodeaba los dominios del Ascenso.

La ciudad era una bestia durmiente que de vez en cuando bostezaba soldados mugrientos y sospechosos mercenarios de poca monta. La mayoría de los bares estaban cerrados, a excepción del cáncer palpitante de Rathole, que rara vez prestaba oído a las sanciones de la Corona.

Salomón tiritaba. No de frío, como acostumbraba el hombre común, sino de miedo. Cada vez que cerraba los ojos, el recuerdo de lo ocurrido en el bosque le abrasaba la piel a carne viva.

¿Cuántos hombres fueron? ¿Y por qué todo sucedió tan deprisa?

A él el tiempo le había corrido en un pestañear de ojos. En un momento, sostenía el mango de su espada y lo empuñaba en dirección a un enemigo hecho de sombras, en otro, estaba tumbado en el suelo, empapado con la sangre de sus camaradas...

«Una tormenta de espadas se cernió sobre nosotros... —fue lo que dijo a los príncipes—, el acero centelleó por todos lados, y no hubo tiempo de reaccionar», o de correr, o de gritar, siquiera de pedir clemencia.

El enemigo no había vacilado.

—Un ataque así tarda meses en llevarse a cabo —calibró lord Robert, paladeando la información—, no es casualidad que Diana estuviera ahí este día, esta tarde, atravesando el follaje umbrío del Aurantiaco en su temporada más escasa...

—Oh —no tenía respuesta para semejante revelación.

Fácilmente, y si él quisiera, lord Robert podría acusar a los Fyre de atentar contra la Corona.

Difícil no la tenía, Abel Fyre había aunado fuerzas hace un siglo con la casa Cyries para aniquilar el linaje principal de los Incender. Sus descendientes podrían haber reanudado el plan del antiguo lord de los buitres...

Era un derecho de sangre, después de todo. Los fundadores de la casa Fyre fueron todos bastardos de un antiguo rey: hombres resentidos que

nunca olvidaron su marginado pasado.

Jaziel se tronó los dedos.

—¿Señores rebeldes? —dejó caer, sombrío. A nadie le agradaba la idea de que Diana Incender estuviera ahora mismo en manos de reverendos impíos.

Lord Robert se encogió de hombros.

—Quizá salvajes del este... —estaba claro que no estaba siendo totalmente sincero. Tal vez la presencia de Salomón, cuya lealtad no había sido probada aún, lo cohibía de declarar sus verdaderas sospechas—, o el pueblo.

—¿El pueblo? —Jaziel parpadeó.

—Sí, el pueblo —afirmó—, quizá vieron las brillantes corazas con rubíes en las hombreras y...

Salomón se removió ávido en su montura.

—No, no fueron los hombres de las colinas —se apresuró a decir.

Robert Incender paladeó a profundidad su respuesta. Sus cejas tupidas se arquearon un poco cuando dijo:

—¿Y por qué tan seguro? —inquirió, entornando los ojos.

«Me está invitando a declarar —comprendió febrilmente—, no se fía de mi testimonio. Quiere medirme».

Se aclaró la garganta antes de responder.

—Lord Elio, ser Nalvin... —dijo—, fueron soldados aguerridos cuya valía era aclamada en todo Hozen... Los vi morir primero.

—Pero advirtieron a tiempo la amenaza ¿no? —señaló Jaziel—, ser Nalvin era vigilante en las torres del Graznar, seguro vio venir la emboscada.

Salomón ladeó la cabeza.

—Y-yo advertí la amenaza —gimoteó—, y lo hice muy, muy tarde. El enemigo estaba ya sobre nosotros cuando lo oí... cuando divisé un reflejo extraño en la luz. Estaban arriba de los árboles, y apenas hacían ruido. Parecían espías... —recordó.

—¿Espías?

—Los espías son maestros del sigilo.

El repique de los caballos contra el empedrado inundó la noche.

Robert y Jaziel no siguieron haciendo preguntas, valiéndose de un lenguaje mudo, se repartieron miradas furtivas que decían más que mil palabras.

Las teorías no eran muy alentadoras, y el ataque se volvía cada vez más extraño mediante las conspiraciones se templaban en sus cabezas.

Cruzaron la avenida principal del Ascenso, y más tarde deambularon hacia la muralla hasta ser detenidos por una patrulla nocturna.

Robert descabalgó del caballo y se encaminó hacia los soldados.

—Yo me encargo —dijo, y se perdió de vista durante veinte minutos.

Cuando volvió, lo hizo acompañado de dos caballeros que reían alegremente a sus espaldas y le invitaban a una dinámica partida de cartas.

—Político —Jaziel soltó un gruñido.

—¿Todo bien? —barboteó Salomón.

Lord Robert se limitó a sonreír y a estrechar manos con la patrulla. La pechera había desaparecido del costado izquierdo de su pantalón, y en su lugar llevaba un pichel a rebosar de hidromiel a invitación de la guardia de la ciudad.

—¿Quieres un poco? —le ofreció a su hermano. Jaziel arrugó la cara y declinó la oferta—, ¿Qué me dices tú, Salomón? —aceptó el trago por simple educación.

«Para que me de valor», dijo antes de llevarse el pichel a la boca y sorber más de la mitad del contenido. El alcohol le quemó el estómago y le dejó un sabor amargo en los labios.

El equipo traspasó sin problemas la puerta de la plata.

Salomón se volvió para observar la implacable muralla del Ascenso, dentro de las atalayas, enormes braseros de hierro despedían humo negro y creaban sombras alrededor de los pináculos que mantenían en pie la

estructura.

«No hay nada que tenga esta ciudad que pueda amar». El capitolio rezumaba corrupción e inopia desde su salitrosa entrada.

El equipo se perdió enseguida entre desoladas praderas y estrepitosas colinas. Poco o nada le dio importancia al aguacero inmisericorde que aumentaba conforme la noche moría.

En ocasiones, el cielo revelaba la ubicación de sus estrellas para luego raptarlas con furia bajo un manto espeso de nubes grises.

Su cara chorreaba gotas dulces que Salomón aprovechó para camuflar con la amargura de sus lágrimas.

Gimoteaba de vez en cuando. La herida en el costado, aún fresca, rezumaba porquerías que bajaban caliente hacia sus caderas. Llevaba puesta la armadura, la misma que había utilizado para proteger a la princesa.

La coraza estaba mellada de un costado, qué sorpresa, justo donde le habían pegado. ¿Era posible que, posterior a su desmayo, alguien hubiera utilizado algún tipo de acero para mancillar su castillo de metal?

No parecía un golpe casual...

Aunque nada de lo que estaba viviendo era casual. En primer lugar, jamás habría podido siquiera imaginar que cabalgaría bajo el mando de dos intimidantes caballeros. Cuervos de alto calibre que sin lugar a dudas, leían a través de su piel.

Pese a sus lánguidas declaraciones, estado agonizante de salud, los Cuervos no se fiaban de él. Eran amables, sí, pero solo porque el deber así lo exigía. Salomón servía más vivo que muerto, y mientras los detalles de lo ocurrido continuarán empañados bajo una nube de incógnitas, no le harían daño.

Más de una vez, Salomón percibió el ambiente hostil dividir al equipo, la forma en que ambos príncipes se turnaban para jugar al soldado bueno y al soldado malo. Los Cuervos se hallaban al pendiente de cualquier confesión, y la interpretaban y tergiversaban a su manera.

—Esos hombres que atacaron a la guarnición... —dijo Robert—, ¿Cómo eran?

—Y-yo... no lo sé, majestad.

Y era verdad, jamás reparó en el físico de los maleantes.

—Seguro habrás visto algo —indaga—, un detalle, un blasón, un color de piel...

—¿Tiene esto importancia?

Lord Robert se encogió de hombros, tenía la capucha calada hasta la frente, y esta chorreaba agua por su pecho y torso.

—Se puede saber mucho de las personas por su físico. Verás, los salvajes del este tienen la piel bronceada, muy dorada. Y los hijos del mar, el pelo entre violeta y lila. Si conseguimos identificar una etnia, una religión, una característica definida, podríamos armar un patrón a partir de este detalle, y facilitar la investigación.

Salomón hizo memoria de lo que había visto, ¿había combatido con hombres comunes... o con bestias inhumanas?

—Tenían el rostro cubierto —recordó—, y los ojos... m-muy brillantes.

—¿Rojos, quizá? —Intervino Jaziel, taimado—, ¿Cómo el granate o cómo el jaspe?

Salomón carraspeó. Los ojos color jaspe eran muy comunes entre los Fyre. Sus hermanas pequeñas, por ejemplo, tenían los ojos como la herrumbre que precede al óxido del hierro.

Más vale cuidar mejor sus respuestas.

—No, majestad —su voz sonó aguda e insegura—, los ojos, recubiertos por un velo... o una capucha, me parecieron antinaturales.

Salomón inhaló y exhaló aire.

—No sabría decirlo con certeza, pero por momentos me pareció creer que aquellos hombres podían leer a través de mí. Sentí, más de una vez, un sentimiento invasivo que no me pertenecía. Su señoría creerá que estoy divagando de nuevo, pero juraría que había algo mágico en aquellos hombres.

—¿Mágico? —calibró Robert con mirada inteligente—, por casualidad, ¿estos llevaban blasón?

—¿Qué tipo de blasón se le viene a la mente?

—Aves blancas, leones rampantes, glifos... dragones.

—¿Aves blancas? No, majestad, ningún estandarte del este ondeó sobre estas tierras. ¿No supondrá usted...?

El príncipe ladeó la cabeza.

—Disculpadme, estoy divagando...

—Le gusta divagar mucho —señaló Jaziel, virando los ojos. Enfundado desde la cabeza hasta los pies en una capa púrpura, parecía más bien un murciélago y no un hombre—. Es su talento. No le haga caso.

—Soy mejor pensador que hablador —admitió él, conteniendo una risita.

«Buscan conversación. Quieren que afloje la lengua». Salomón no les daría ese placer. Ya había dicho lo que había visto: no tenía nada más que agregar.

No guardaba ningún secreto. No se le escapaba ningún detalle. Lo único cierto era que estaba muerto de miedo y qué quería regresar pronto a casa.

«Una flor en la montaña espera al molinero que la desenmarañe», tateó una canción infantil.

La bajada al bosque le produjo durante toda la travesía una sensación vertiginosa que amenazó con hacerle vomitar aún después de quedarse dormido en la montura.

Tenía los sentidos embotados, la mente enajenada, y la piel afiebrada por el escozor de la herida. No había alcanzado a verse el rostro, pero suponía que estaba tan mugriento como su armadura.

¿Estaba Diana en la misma situación? No podía evitar pensar en la princesa. Ella había sido amable con él aun cuando la mitad del pelotón estaba en su contra. Había visto sus virtudes, y las había aprovechado tanto como estuvo a su alcance.

También le había quitado la virginidad. Esa cosa vergonzosa cuya marca demacraba como una enfermedad. Y que para un chico de diecisiete años representaba todo un dilema.

—Creo que te conozco —dijo Jaziel cuando despertó.

Salomón abrió los ojos y se descubrió con el rostro picado por mosquitos.

Se sacudió en su montura.

—Con razón me pareciste familiar desde que te vi cruzar la muralla, ¿fuiste escudero de lord Darren, verdad?

Asintió. Jaziel chasqueó los dedos por su rápida deducción.

—Estuviste ahí cuando me escoltaron a Hozen por primera vez, ¿no? Eras el crío tímido, la sanguijuela con el rostro lleno de granos.

—Ese mismo, majestad —se sonrojó.

—Y eres hijo de un general; lord Abdel, si no me equivoco.

No vio porque contradecirlo, le invitó a continuar.

—¿Dónde has dejado tu pendón? —Se burló—, ¿sigues siendo el abanderado del grupo?

—Soy custodio del Salón Ceniza —dijo con orgullo—, y este año ascenderé a protector de la corte si así los dioses quieren.

—Protector de Hozen; magnífico, los maestros adoran a los neófitos como tú. Pero, ¿qué hacéis vigilando el castillo negro y no el asentamiento de tu legítimo señor? Digo, ¿obedecéis todavía a lord Darren?

—Lord Darren es mi tío, y le juré lealtad.

—¿Y por qué no estás en su castillo? ¿Cumplís su voluntad lejos de su autoridad o...?

—Tengo sangre de los primeros hombres, majestad. Mi padre siempre ha dicho que soy más Cuervo que Buitre —esto no era del todo mentira, Salomón era una réplica muy convincente de los hombres que tenía enfrente, a excepción de la barbilla. Lo único que salía a deber era su temperamento acojonado, que nada tenía que ver con la osadía de estos hombres.

—Así que también eres un híbrido —Jaziel le escrutó con curiosidad.

Del príncipe manaba un calor vaporoso que secaba inconscientemente su elegante indumentaria.

—Dime algo, neófito, si hipotéticamente fueras un conspirador, ¿en qué bando estarías? ¿Con tu padre o con tu tío?

—Mi padre y mi tío son de la misma sangre. De la misma casa. No podría

estarme jamás en medio de ambos.

Jaziel levantó una mano.

—Ah, pero resulta que tu tío, ese a quien le juraste lealtad cuando todavía te comías los mocos, quiere que seas su espía y robes información para su causa. Pero tu padre, que ha pasado toda su vida restaurando el honor de la familia, piensa que quedarías mejor calentando las camas de los maestros. En ambos bandos estarías ganando algo. Con tu tío, quizá heredarías su castillo. Con tu padre, te construirías un camino hacia la Corona. La verdadera pregunta es, ¿Qué quiere Salomón?

—No soy un traidor —dijo con todo el temple que sus fuerzas consiguieron maniobrar.

—La sangre llama a la sangre —dejó caer Robert, impertérrito.

El príncipe esbozó una sonrisa impúdica.

—Tu padre le chupa la polla a la Corona. Tu tío vive frustrado porque en secreto le gustaría que se la chupen a él. Y lo que quiere Salomón es crucial para saciar el apetito de ambos caballeros. ¿Será que hay un conflicto aquí?

—Una encrucijada, tal vez —interrumpió lord Robert, afable—, o, quizá, solo cábalas. Porque Salomón es de los nuestros, ¿verdad, chico?

—Mitad Cuervo —corroboró Jaziel con una suavidad peligrosa—, no lo olvides.

El príncipe se adelantó por el camino.

Al penetrar el corazón del Aurantiaco, poco a poco se fueron perdiendo entre alamedas antiguas de cuyas copas caían ramillas que crujían como si se estuviesen quebrando huesos, dichos sonidos tétricos forjó una atmósfera asfixiante alrededor de los aventureros.

Surgió ante ellos un escenario desalentador.

Los sementales galopaban por mantos de hojas sucias que llevaban hacia los misterios del bosque. Sus pezuñas, cubiertas de barro, removían impetuosas el cieno y chapoteaban sobre las cavidades de agua que había creado la lluvia.

Los ululatos de los búhos eran la canción del escenario. Entonaban una melodía nocturna mientras les observaban desde gran altura con sus ojos

ambarinos.

Salomón fue el primero en intimidarse.

¿A quién quería engañar? Las tinieblas nunca fueron de su agrado, ni siquiera antes de que les emboscaron.

Ahora, cuando se veía en la necesidad de cerrar los ojos, se veía así mismo rodeado de sangre y espectros. Cadáveres deformados de cuya garganta manaba una tinta negra que se derramaba como humo sobre las costillas abiertas de Diana Bell.

No estaba preparado para esto.

«No te des la vuelta», se incentiva al tiempo que sus manos tiritan de horror.

—Debería de estar aquí —susurra Jaziel, apretando las riendas de su corcel—. No nos iremos de aquí hasta encontrarla.

—Podríamos buscarla un rato y luego acampar en el pueblo —sugirió Robert—, tal vez la lluvia no te haga daño, Jaziel, pero seguro un resfriado acabarás cogiendo si no te refugias pronto de la tormenta.

—Pierden el tiempo —espetó Salomón—. Diana no está aquí.

—El bosque es inmenso, neófito. Nadie sale indemne del bosque en dos días.

—En teoría yo he salido en menos.

—El río os ha traído al castillo, ¿recuerdas? Aquel que siga el curso del río terminará en el sendero real.

—Y aquel que se desvíe del camino se perderá para siempre —conocía bien la leyenda. El Aurantiaco, aunque parecía llevar a todos lados, en realidad solo contaba con tres caminos. Tres entradas y tres salidas.

La guardia de Diana había atravesado Aguas Aciagas para llegar al corazón del bosque. Y esa era la entrada más segura para los viajeros: una ciénaga infestada de alimañas.

Los que se perdían en el bosque, al día siguiente eran encontrados muertos dentro de la cueva de una bestia.

—Tuviste suerte —escupió el príncipe.

Suspiró.

—Vuestra Grandeza, no quisiera ser yo quien os lo diga, pero estuve ahí cuando la carnicería comenzó. Y os digo algo, Diana fue raptada por terribles malhechores. En el mejor de los casos, ya debería estar muerta —hizo un rápido escaneo al escenario—, solo mire dónde estamos. Los caballos dan un simple paso en falso y... adiós monturas.

—Mi hermana no era una mujer cualquiera —gruñó—. Era valiente, era osada... y no caería tan fácil en una trampa como esta. Diana no es débil, neófito, venía de acabar su entrenamiento en Hozen.

—Aquí no está —insistió.

El príncipe se encolerizó.

—¡Quizás te dejaste sorprender por el ataque! Quizás, sí, huiste como cualquier traicionero Fyre y rezaste luego para que muriera en aquel escondrijo de mala muerte. ¿Te gustó lo que viste, neófito? ¿Satisfecho con todas esas muertes Incender's que presenciaste?

Salomón abrió la boca para protestar, pero de inmediato la cerró al advertir el hedor a carroña que azotó sus fosas nasales.

—Es aquí —dijo Robert.

Sin ceremonias, bajaron de los corceles y los amarraron al tronco de un árbol delgado. Los caballos permanecieron quietos, pastando la hierba crecida.

Robert es el primero en dar un paso al frente.

Delante de ellos, un riachuelo de sangre fluía en dirección a oquedades que retenían tierra, huesos y coágulos.

Justo en frente de sus ojos, se abre una imagen escalofriante que eriza cada vello de su cuerpo. Cinco cuerpos: todos despedazados y devorados por animalillos del bosque.

El primero, cree reconocerlo, ser Nalvin con su cabeza destrozada y cubierta de moscas junto a un repugnante líquido verdoso.

—¡Bah, qué asco! —El Cuervo más joven suelta un escupitajo.

Robert se cubre las aberturas de la nariz y procede a ponerse de cuclillas.

Escudriña sus restos con detenimiento. No, esas muertes no son normales. Es una forma muy horrible de perecer inclusive para un Cuervo.

Se pone en pie y camina en busca de otro cadáver: no sabe cuál de los cinco cuerpos se encuentra en peores condiciones.

El segundo, a quién reconoce como ser Elio, se halla con la mitad del cuerpo reventado y un gran agujero en su vientre que rezumaba pus y viseras.

Se fuerza a devolver el vómito a su garganta.

Lo huele. Es el hedor de la descomposición.

Robert intenta cerrarle los ojos al soldado, pero da un respingo cuando siente moverse algo rápidamente dentro de la anatomía del sujeto.

—¡Por los dioses! —se atemoriza y retrocede tres pasos.

—¿Qué sucede, Robb? —Se le acercó Jaziel—. ¿Sigue con vida?

—¡Ja! —Ríe el Incender, digiriendo el susto—. Está más que muerto. A este lo mataron con la lanza que tienes debajo de tus pies, ¿no es obvio? Por un segundo de verdad sentí que se movía; pero me he equivocado, solo era una rata que pellizcaba su miembro.

Jaziel arrugó la nariz.

—Como sea, esto no termina de encajar —ambos hermanos se miraron de soslayo y asintieron disimuladamente—, han sido asesinatos muy fuertes, véase por donde se vea. Has tenido razón, Salomón. Diana no está aquí, si lo estuviera, lo sabríamos, y eso nos lleva a la segunda teoría...

—Ha sido secuestrada —terminó Jaziel con tono gélido—, se la han llevado, ¿pero a dónde y por qué? —Robert y Jaziel están más serios que nunca—. Quedarnos a averiguar su paradero no es un plan muy inteligente de nuestra parte, las personas que hicieron esto... no parecen simples ladrones ni maleantes.

—Se los he dicho desde que partimos.

—Sí, Salomón, no has mentado... —coincide Robert, levantándose del piso.

Jaziel se sitúa al lado de Robert, a espaldas del centinela. No le miran a la cara, tampoco quieren hacerlo. Ambos hermanos suspiran con resignación y Jaziel acaricia el pomo de su puñal.

—A-ahora debemos regresar al castillo, mis señores —Rogó el muchacho,

asustado como una damisela—, o podríamos acabar como ellos...

—Sí, debemos partir ya... —corroboró Jaziel—. O podríamos acabar como tú...

Salomón no pareció comprender la situación.

En su mente, los cuerpos de sus camaradas yacían cubiertos de gusanos que comían voraces de sus carnes.

No podía, no podía estar ni un segundo más en ese lugar. La paranoia lo consumía, el escozor en el vientre había vuelto, y un zumbido en la cabeza le advertía que se alejara de ahí.

«¿P-pero a dónde? ¿A dónde iré?», suplicó al cielo, a los dioses. Las manos juntas formando una plegaria y el aliento despidiendo un vaho translúcido y tibio.

Estaba de rodillas, sí, de rodillas...

Esto era mucho más de lo que podía soportar. El hedor, la víspera de lo que había pasado aquí... todo le daba vueltas.

—Ayuda —susurró.

Salomón tenía el rostro empapado de lágrimas.

Estaba cansado de fingir, de construirse una y otra vez una máscara de hielo que no revelará sus verdaderas emociones. Tenía miedo. Quería el beso de su madre antes de dormir, el calor de la chimenea donde solían pasar la tarde, las risas de sus hermanas pequeñas, que le invitaban a jugar con ellas. Hasta los desprecios de padre parecían lejanos y borrosos.

—Quiero volver a casa —siguió diciendo.

La lluvia azotaba su rostro y desfiguraba cada gesto en una mueca de sufrimiento. Salomón era un niño perdido que llamaba a gritos un poco de comprensión.

Alguien acudió a su llamado.

—Ven, yo te ayudo —Jaziel le tendió la mano. Salomón la cogió entre espasmos. No estaba en sus cabales. Pero cuánto le alegraba que alguien se preocupara por él... que al fin pudiera gritar todo lo que había estado acumulando.

«Madre, enciende la vela de mi habitación, pronto iré a casa». Y los gemelos tendrían más ropa para su nacimiento, cosería día y noche; sin descanso. Y trataría de olvidar lo que había visto.

Solo trataría de olvidar....

—No soy un soldado. No soy un hombre.

No cualquiera tenía las agallas para decir lo que él había dicho; los hombres de hierro que tanto afamaban los cuentos, no existían.

Nadie quiere empuñar una espada cuando se puede recibir un beso de buenas noches.

—Todo estará bien —susurró Jaziel, desenvainando la daga de su forro.

Salomón besó entonces sus manos. ¡Por fin esta pesadilla iba a terminar!

En medio de aquella demostración de afecto, los labios del centinela recorrieron agradecidos cada línea de las palmas del Cuervo. Los fluidos nasales que chorreaban de sus orificios no parecían molestarle al príncipe; todo lo contrario, él esbozó una sonrisa conciliadora, casi maternal, y luego sus labios rozaron el acero.

Salomón abrió mucho los ojos, pero no dilucidó gran cosa; su vista se hallaba empañada de tanto llorar, y todo lo que su retina percibía eran sombras y extrañas proyecciones maquiavélicas.

El cuervo sostenía un cuchillo.

—¿Q-qué es eso? —Chilló—, ¿los malhechores han vuelto?

Jaziel le puso un dedo en los labios.

—Tranquilo —su dedo bajó hasta su yugular—, todo estará bien.

Y en un abrir y cerrar de ojos, el acero pellizcó su carne. Un corte lineal, no del todo limpio, abrió su garganta. Salomón contuvo un grito. «No, no, no...». Se llevó las mano al cuello, sus dedos se cubrieron enseguida de un líquido carmesí.

—A-ayuda... A-ayuda —suplicó, estirando una mano hacia el hombre que le observaba de pie ante él.

Pero el Cuervo contemplaba la carroña.

—Esta es la ayuda —sonrió—, dulces sueños, Fyre.

Se llevó las manos al cuello, intentando contener la hemorragia. Pero era inútil. La sangre salía de su cuerpo tan frenética que fue incapaz de contenerla. Se retorció en el pasto, intentando coger un aire que se le hacía cada vez más difícil de obtener.

Más tarde cayó de costado al suelo, las manos aferradas a la vida que se escapaba sin pena ni gloria por su cuello.

Una ligera sibilancia se apoderó de la respiración del caballero.

«Madre, pronto iré a casa —pensó antes de cerrar los ojos—, hazme espacio en la mesa, voy para allá...».

—Has olvidado el protocolo... —le recordó Robert.

—¡Al carajo con el protocolo! —Respondió Jaziel, de cuclillas ante el cadáver para terminar el trabajo sucio—. ¡He tenido ganas de hacer esto desde que llegó al castillo! ¡El muy maldito, permitió que se llevarán a Diana!

—Y ahora el dios Videntis se encargará de juzgarlo...

—Sí, que se pudra en Eusthaim —Apoyó Jaziel, desprendiendo la cabeza del cuerpo—. Robb, hermano mío, ¿haces los honores?

Robert sonríe imperioso, por supuesto que lo haría.

Jaziel se aúpa de un tirón a su semental mientras contempla maravillado como su hermano crema los cadáveres; es un momento sublime, el hermoso fuego azul, cuán caliente y poderoso es, emana de la palma izquierda del príncipe como una extensión más de su ser.

El bosque se pintó de flamas y chispas color ártico.

Jaziel siente la euforia correrle por las venas. Cada célula de su cuerpo se estremece de placer ante la vibrante y fantasmagórica visión de ver a los soldados caídos ser lengüeteados con las famosas llamas azules.

En segundos, el bosque brillaba tanto como la luna de Salomón; se maquilló y resplandeció con la misma intensidad que las estrellas, engullendo árboles, animales y tripas por igual.

Cuando la función terminó, tanto los sementales como los jinetes se alejaron de la escena del crimen: perdiéndose entre una oscuridad

reinante que le seguía la pista de principio a fin.

